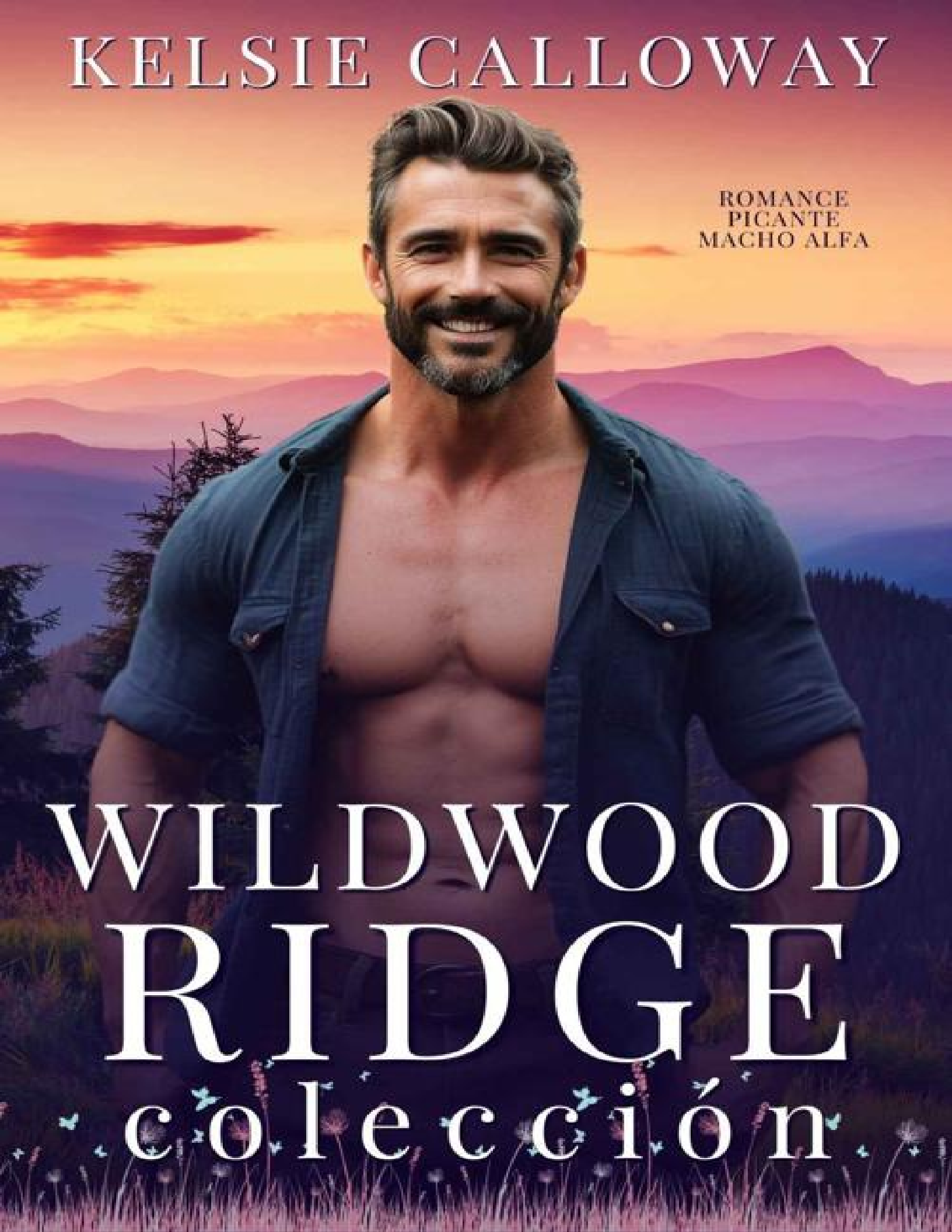
KELSIE CALLOWAY



ROMANCE
PICANTE
MACHO ALFA

WILDWOOD RIDGE

colección

WILDWOOD RIDGE COLECCIÓN

ROMANCE PICANTE MACHO ALFA

KELSIE CALLOWAY'S COLECCIONES
LIBRO SIETE

KELSIE CALLOWAY

Copyright © 2024 Kelsie Calloway

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin la autorización del editor, salvo en los casos permitidos por la legislación estadounidense sobre derechos de autor. Para obtener permisos, póngase en contacto con Kelsie Calloway en kelsiecalloway@gmail.com.

Excepciones: Los reseñistas pueden citar breves pasajes para sus reseñas.

Se trata de una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se utilizan de forma ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, sucesos o lugares es pura coincidencia.



ÍNDICE

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!

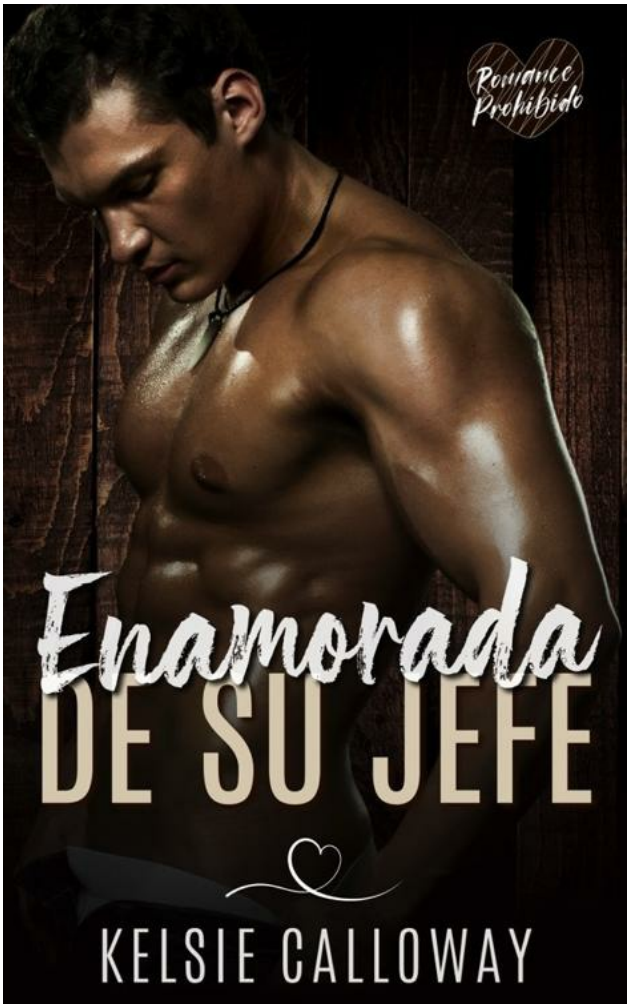
Navidad Con El Leñador
1. Noelle
2. Beau
3. Noelle
4. Beau
5. Noelle
6. Noelle

Segunda Oportunidad Con El Leñador
7. Allison
8. Grant
9. Allison
10. Grant
11. Allison
12. Allison

San Valentín Con Un Leñador
13. Liam
14. Mia
15. Liam
16. Mia
17. Liam
18. Mia
19. Liam
20. Mia

¡Consigue un libro gratis de Kelsie Calloway!
También de Kelsie Calloway

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

NAVIDAD CON EL LEÑADOR

NOELLE



El frío cuero del volante me muerde las yemas de los dedos, en marcado contraste con las lágrimas que resbalan por mis mejillas. Suelto un suspiro entrecortado, cuyo vaho empaña momentáneamente el parabrisas antes de disiparse en el frío del habitáculo de mi coche.

"Contrólate, Noelle", murmuro al asiento vacío del copiloto, donde permanece el fantasma de la mirada crítica de mi ex novio. "Eres más de lo que él se merecía".

Pero incluso después de decírmelo a mí misma, sigo oyendo su voz, afilada como carámbanos, cuando declara que mis curvas son excesivas y mi apetito demasiado indulgente. "Has engordado demasiado para mí, Noelle". Fue un regalo de Navidad cruel, envuelto en desdén y atado con un lazo de dolor.

Pero me niego a que sea el final de mi historia. Con cada kilómetro que me separa de la ciudad, me desprendo del peso de su juicio como de un abrigo de invierno no deseado.

Mientras conduzco, el paisaje cambia del gris hormigón de la vida urbana a la belleza poética de la montaña, Wildwood Ridge. Los pinos se yerguen altos y orgullosos, con sus ramas espolvoreadas de nieve. A lo lejos, los picos se cubren de blanco.

"Vale, Noelle", empiezo a entrenarme, "la cabaña de tu hermana no está lejos. Dos horas. Puedo conducir durante dos horas. Puedo hacer cualquier cosa durante dos horas". Sobre todo si viene acompañado de chocolate caliente, un fuego crepitante y alguien que me quiere incondicionalmente.

Ese pensamiento me calienta por dentro y me hace deshacerme de la gélida inseguridad que me han dejado las hirientes palabras de James. Imagino que me hundo en un sillón de felpa, con una taza de cacao humeante entre las manos, el rico aroma del chocolate mezclado con la fragancia terrosa del pino. En esa visión no hay lugar para la duda.

"Esto es exactamente lo que necesito para olvidar a James". Mi voz se vuelve más firme, impregnada de una nueva determinación. "Esto es lo que necesito".

El camino se despliega ante mí como una cinta de raso, la nieve empieza a bailar en delicadas ráfagas. "James habría odiado esto", se desliza de mis labios, una admisión involuntaria al coche vacío. Su desdén por todo lo imprevisto, como un copo de nieve rebelde en su abrigo a medida, siempre me hacía sentir igual de indeseada.

Agarro con fuerza el volante, cada copo me recuerda sus frías palabras. "Sobrepeso..." El susurro

se pierde en el zumbido de los neumáticos sobre el asfalto cubierto de nieve, la palabra flota en el aire como un pasajero no deseado. Pero sacudo la cabeza, desechando el recuerdo. "No, hoy no", insisto, volviendo a centrarme en la carretera.

"Wildwood Ridge no sabrá qué le golpeó", bromeo a medias, tratando de inyectar algo de ligereza en el silencio. Sin embargo, se oye la estática de la radio, una voz lejana que avisa de una tormenta de nieve. Pero estoy demasiado ocupada intentando distraerme de mi corazón roto como para prestar atención al cuento con moraleja que suena por los altavoces.

Poco a poco, la juguetona pirueta de los copos de nieve en el exterior se vuelve salvaje, su danza más frenética. "Sólo un poco de tiempo invernal", anuncio, pero mi voz carece de convicción. El mundo blanco que se arremolina tras mi ventana se hace más denso, más insistente.

"Mantén la calma, Noelle", me digo a mí misma. La razón por la que la gente tiene accidentes al volante es porque no sabe mantener la calma. "Ya has conducido en tormentas".

Mis faros trazan un débil camino hacia delante, pero cada vez es más difícil distinguir dónde acaba la carretera y dónde empieza el desierto. La nieve es implacable ahora, una sábana de blanco borrando las líneas entre la seguridad y el olvido.

"Vale, céntrate en lo que puedes controlar", me recuerdo, con la voz más firme de lo que siento. Tengo los nudillos blancos y la mirada fija hacia delante. A mi alrededor, el mundo es un borrón de nieve y sombras, y no puedo reprimir el escalofrío que me recorre la espalda.

Cuando he mirado el tiempo, me ha parecido ver cielos despejados con posibilidad de nevadas. No se hablaba de ventisca.

"Lo tienes controlado", declaro, cada palabra un mantra contra el pánico creciente. Pero incluso mientras hablo, no puedo evitar preguntarme: ¿lo tengo?

No pasa mucho tiempo antes de que mi viejo y destartalado coche empiece a hacer ruidos dudosos. Hace tiempo que sé que tengo que cambiarlo por uno más nuevo, pero lo he ido posponiendo para ahorrar dinero. Suelto un poco el acelerador y llevo la mano a los faros para encender las luces largas.

Las luces del salpicadero parpadean en un amarillo enfermizo, indicando que tengo que comprobar el motor. Golpeo los indicadores, deseando que se comporten, pero como todo lo demás últimamente, parecen empeñados en desafiarme.

"Estupendo, perfecto", murmuro mientras el coche se estremece y una nueva oleada de pánico recorre mis venas. El viento aúlla a mi alrededor y, por un momento, siento envidia de su libertad, de su fuerza desenfrenada, mientras yo me siento atrapada en una caja metálica que tose y resuella como un anciano en invierno.

"Sigue, Clara", le suplico a mi viejo sedán, acariciando el volante como si el afecto pudiera alimentar su motor averiado. "No me hagas esto. Hoy no".

Pero Clara es obstinada y, con un último gemido que hace eco de mi grito interno, se detiene en medio de un mundo que se ha vuelto blanco. Es una quietud espeluznante, de las que se pegan a la piel y susurran aislamiento. Mi aliento empaña la ventanilla y empiezo a hiperventilar.

"Por supuesto que pasaría esto", refunfuño, y se me escapa una risa de autodesprecio. "Varados

en Nochebuena. ¿Podría este día ser más tópico?".

Jugueteo con el motor, lo apago e intento volver a encenderlo. Poco a poco, deja de funcionar. La radio se apaga, la calefacción se apaga y, al final, Clara ni siquiera enciende el motor cuando giro las llaves en el contacto.

Me rodeo con los brazos, intentando mantener el calor, aunque es más por comodidad que por otra cosa. Mi mirada se desvía hacia el asiento del copiloto, donde está la tarta de nueces que había preparado.

"Parece que estamos solos tú y yo", me río nerviosa. "Nada de castañas asadas en una hoguera para nosotros". El intento de humor se queda en nada, incluso para mis propios oídos, y el silencio se lo traga entero.

Mi teléfono, que suele ser un salvavidas para comunicarme con el mundo exterior, hoy no me sirve de ayuda y sólo muestra el cruel recordatorio de cero barras de servicio. La realidad de mi situación se impone, pesada como la nieve que se amontona alrededor de los neumáticos de Clara. Estoy completamente sola, salvo por los recuerdos que me persiguen: las palabras mordaces de James, la forma en que me miraba, como si yo no fuera nada.

"Basta, Noelle. No puede ganar. No puede arruinar esto también", me regaño a mí misma, abrazándome las rodillas contra el pecho. La tela de mis vaqueros ofrece poca protección contra el frío que me cala hasta los huesos.

"Piensa en cosas cálidas... cacao caliente, fuegos crepitantes, estar envuelta en los brazos de alguien...". La imagen resplandece en mi mente, en contraste con la fría oscuridad que me rodea.

Con un suspiro, apoyo la cabeza en el asiento y cierro los ojos ante la cruda blancura del exterior. "Magia navideña", susurro, medio en broma, medio con desesperada esperanza. "Si estás ahí fuera, me vendría muy bien un poco ahora mismo". La idea es tonta, incluso infantil, pero es una pequeña brasa de esperanza que mantiene caliente mi espíritu.

El mundo exterior se convierte en una mancha blanca, cada copo es testigo mudo de mi creciente desesperación. Estoy encerrada en esta tumba helada de metal y cristal, el calor de mi respiración empaña la ventana. Mis dedos hormiguean de frío al tamborilear contra el volante, un latido sin ritmo que se hace eco de los erráticos latidos de mi corazón.

"Vamos, Noelle", murmuro para mí, "tiene que haber alguien ahí fuera". El viento aúlla su indiferencia, pero me niego a sucumbir al entumecimiento que se apodera de mí.

De repente, a través del retrovisor, un rayo de esperanza atraviesa la tormenta de nieve: un par de faros se acercan, distantes pero decididos. Mi pulso se acelera, en una frenética danza entre el miedo y el alivio. Me inclino hacia delante y entrecierro los ojos para distinguir la silueta de la salvación que se dirige hacia mí.

"Por favor, que me vean", susurro, tratando de alcanzar los mandos de los faros. Tanteo con los dedos, resbaladizos por el sudor frío, antes de encontrar algo. Los faros parpadean una y dos veces, un desesperado código Morse contra la implacable nevada. Gracias a Dios, todavía funcionan.

"Para. Por favor, para", repito en voz baja, con la mirada fija en los brillantes orbes que se

agrandan en el retrovisor. El camión, una sombra imponente tras un velo blanco, parece una bestia mítica cargando contra la tormenta. Es una plegaria respondida o un presagio de catástrofe, no sé cuál de las dos cosas.

"Eh, tú", susurro, dirigiendo mi súplica a un conductor que no puede oírme, "me vendría muy bien un milagro de Navidad ahora mismo".

El camión aminora la marcha, su silueta se hace más nítida, un faro que brilla con más intensidad en medio del alboroto. Se me aprieta el pecho y contengo la respiración. Tan cerca, casi puedo oír el crujido de los neumáticos sobre la nieve, el gruñido de un motor luchando contra la tormenta.

"Por favor..." La palabra se escapa como un jadeo, mi voz apenas por encima del sonido de los latidos de mi propio corazón. Cuando el camión se detiene, me invade una oleada de alivio.

"Vale, Noelle, ya está", me digo, haciendo acopio del poco valor que me queda. Es hora de enfrentarme a mi salvador. O a tu próxima decepción", se ríe la vocecita de mi cabeza.

Entrecierro los ojos e intento ver a través de la oscuridad y la nieve que cae. Una figura sale del camión, alta y ancha de hombros, lo contrario de James. Cada terminación nerviosa me hormiguea de expectación, mi cuerpo es muy consciente de que el desconocido está desafiando a los elementos para llegar hasta mí.

Cuando lo veo, abro la puerta para salir. Tendré que dejar el coche aquí. "Lo siento, Clara", susurro mientras cierro la puerta. "¡Volveré pronto!"

"Hola, ¿estás bien?" La voz, profunda y clara incluso contra el aullido de la tormenta, corta el viento que azota a nuestro alrededor.

"S-Sí", balbuceo, sorprendida por lo mucho que quiero confiar en él. "Mi coche ha dejado de funcionar.

"Vamos a un sitio cálido", dice, y de alguna manera sé que lo dice en serio. No hay juicio en su tono, sólo preocupación. Y por primera vez desde que James se fue, me siento vista.

"Gracias", respondo, con una voz más fuerte de lo que esperaba. La esperanza parpadea en mi interior, audaz y brillante contra el frío navideño. Tal vez, sólo tal vez, mi suerte esté cambiando.

BEAU



Los últimos restos de serrín se asientan cuando me marcho, el familiar ruido del aserradero se calma a mis espaldas.

Un suspiro se escapa de mis labios, nublando el aire helado; es Nochebuena y el mundo exterior está envuelto en un manto blanco. Las yemas de mis dedos recorren las ásperas vetas del marco de madera de la puerta, testimonio de años dando forma a los gigantes de la naturaleza para convertirlos en algo nuevo, algo útil. Pero en mi interior hay un vacío que ningún trabajo de carpintería puede llenar: un anhelo de calor que no proviene de un hogar, sino del contacto humano.

Me dirijo a mi camioneta, dispuesta a llegar a casa y meterme en la cama. "Muy bien, vieja", le murmuro a Bertha, con el motor rugiendo contra el telón de fondo del crescendo de la ventisca. Los copos de nieve caen como plumas y el mundo que rodea Wildwood Ridge se transforma en una bola de nieve. Mis manos, callosas y seguras, agarran el volante mientras atravesamos el velo blanco cada vez más espeso.

"Con cuidado", le digo, inclinándome hacia delante como si mi proximidad al parabrisas pudiera cortar la cortina de la tormenta. El camión, mi compañero inquebrantable, avanza con los neumáticos encadenados y listo para la batalla contra la furia de la naturaleza. Cada pocos metros, los coches abandonados salpican la carretera: fantasmales carcasas de acero semienterradas en los regueros. Me detengo junto a cada uno de ellos y miro por las ventanillas esmeriladas, con la esperanza de no encontrar ojos que me miren. Por suerte, todas están vacías, son sólo cascarones abandonados en la huida.

Pero a lo lejos, veo un sedán enterrado en la nieve hasta las ruedas. Es una isla solitaria en medio de la creciente marea blanca y sus faros parpadean dos veces cuando paso a su lado.

"Alguien está en apuros", me digo, y no puedo evitar sentir ese familiar tirón en el pecho, la atracción hacia alguien necesitado. Apago el motor y compruebo el retrovisor por última vez. No veo ningún movimiento, pero sé lo que he visto hace un momento. Hay alguien dentro que necesita ser salvado.

Salgo del camión, agradecido por la gruesa chaqueta que me he puesto esta mañana. Los copos de nieve me pellizcan la cara mientras camino seis metros hacia atrás para ver cómo está el vehículo. El mundo está apagado bajo el grueso manto de nieve y me pregunto cuánto tiempo habría estado atrapada esta persona si yo no hubiera pasado por allí. Las terribles advertencias de la radio resuenan en mi mente y me alegro de que las cadenas sujeten mis neumáticos a la

carretera como promesas de hierro.

"Atrapado aquí en Nochebuena", murmuro con el ceño fruncido. No es sólo el tiempo lo que me sorprende, sino la audacia de la esperanza o la desesperación que hace que alguien siga conduciendo en medio de una ventisca como ésta.

"Hola, ¿estás bien?". grito a la persona que sale del coche. Mi aliento sale en bocanadas de nubes blancas.

Cuando la puerta se cierra, me encuentro con una visión enmarcada por remolinos blancos. Es una mujer y va abrigada con capas y capas. Pero no pueden ocultar las curvas de su cuerpo, naturales y atractivas como las de un río de montaña. Su nariz asoma bajo la bufanda, sonrosada por el frío, y sus ojos... Dios, sus ojos son como el primer fuego cálido después de horas en la escarcha.

"Sí", dice con voz temblorosa. "Mi coche ha dejado de funcionar".

Tiene la voz de un ángel y sé que me han puesto en la Tierra para salvarla esta noche. "Vamos a un sitio caliente", le digo.

"Gracias", responde.

Avanzo hacia ella a través de la nieve cada vez más profunda, sin poder evitar la sensación de que no se trata de un rescate cualquiera, sino del destino vestido con sus mejores galas invernales. "¿Tu coche no arranca? Lo compruebo dos veces, aunque está bastante claro.

Ella asiente, mordiéndose el labio. "Simplemente... se paró. Y todo lo demás también", explica, con los dientes castañeteando mientras se rodea con los brazos.

"Si no te importa venir conmigo a mi cabaña, podemos calentarte junto al fuego. Cuando amaine la ventisca, veré qué puedo hacer con tu coche. Beau Montgomery", me presento, extendiendo una mano no tan fría como el aire que nos rodea.

"Noelle Hartley", responde con una sonrisa que me hace sentir calor en las venas a pesar de la gélida temperatura. Su mano en la mía es suave, un contraste sorprendente con las crestas duras y callosas de la mía.

"Encantado de conocerte, Noelle. Vamos a ponerte a salvo". La guío de vuelta a mi camioneta, apoyando su codo mientras recorremos el traicionero camino resbaladizo e inseguro por la nevada. Mi cabaña no está lejos, y está abastecida y caliente, un santuario construido con mis propias manos.

La idea de dejarla aquí fuera en medio del frío me resulta insoportable, pero percibo su vacilación, la veo en la forma en que sus ojos se posan en los míos, buscando un ápice de confianza. "Debe de ser la magia de la Navidad la que me ha llevado a encontrarte", me río entre dientes.

Ella se ríe, y el sonido es más dulce que cualquier villancico. "Eso parece". La mirada de Noelle se fija en la mía y hay un entendimiento tácito que parpadea entre nosotros.

"Esperemos que sea de los buenos", añado con una media sonrisa, sintiendo un calor que nada tiene que ver con los asientos calefactados de mi camioneta.

Mientras nos alejamos, dejando atrás su Sedán averiado, no puedo evitar la sensación de que esta Nochebuena podría haber encontrado la pieza que faltaba en mi rompecabezas invernal.

Noelle se gira en su asiento para mirarme, con la duda grabada en sus rasgos. "No eres un asesino en serie ni nada parecido, ¿verdad?". me pregunta con seriedad.

Suelto una risita, tratando de cortar la tensión. "No te preocupes, lo único que cazo son ciervos. Y créeme, no acaban siendo nada más nefasto que un buen filete".

Sus labios se tuercen en una sonrisa, y el alivio me inunda cuando asiente, su voz apenas por encima de un susurro. "Empezaba a pensar que me convertiría en una escultura de hielo", admite, con un brillo juguetón en sus ojos color avellana a pesar de lo sombrío de la situación.

"Te prometo que cuando lleguemos a mi cabaña encenderé un fuego crepitante. Te descongelarás enseguida". Se me ocurre una idea descarada y añado: "Y oye, si resulta que soy un asesino en serie, al menos habrás elegido un lugar cálido para tu última parada, ¿no?".

Entonces se ríe, un sonido que me calienta más que cualquier fuego. "Cierto", dice con una mueca irónica en los labios, "siempre he preferido el calor".

La acomodo en el asiento y veo cómo se relaja un poco en los cojines. El acto me parece íntimo, como si me estuviera confiando algo frágil. Puede que esta ventisca haya traído algo más que nieve, puede que me haya traído a la mujer con la que estoy destinado a estar.

NOELLE



Cuando llegamos a la cabaña de Beau, cruzo el umbral y me invade un calor que me hace sentir como en casa después de toda una vida en el frío. Se dirige directamente a la chimenea y empieza a encender el fuego. "Siéntete como en casa", dice con la cabeza. "Hay un baño detrás de la cocina. Puedes servirte lo que necesites".

"Beau, tu casa es preciosa", murmuro, mi voz apenas se oye por encima del fuego que intenta encender.

"Gracias. Es humilde, pero es un hogar". Sus palabras son simples, pero resuenan con orgullo.

La cabaña de Beau es algo más que cuatro paredes y un tejado; parece una extensión de su alma, cada madera y cada piedra revelan una historia. No puedo evitar pasar los dedos por las sillas de madera talladas a mano, la mesa con surcos desgastados por el tiempo y el cuidado: todo es tan real, tan táctil, distinto de las superficies distantes y brillantes de mi vida.

"¿Las has hecho tú?" pregunto tocando el respaldo de una silla, donde la madera parece cobrar vida bajo mis dedos.

"Cada pieza", responde, lo bastante cerca para que pueda sentir el calor que irradia su cuerpo, pero lo bastante lejos para respetar el espacio que nos separa. "Mi padre y yo construimos la cabaña hace unos años. Soy leñador en el aserradero", explica Beau. "Así que soy bastante bueno con las manos".

Me quedo embelesada con las huellas de la Navidad a nuestro alrededor, que susurran tradiciones y recuerdos. De las chimeneas cuelgan adornos envejecidos, de colores apagados pero con el espíritu intacto. Medias rojas descoloridas se alinean en la pared como viejos soldados aún orgullosos de su servicio. "Te encanta la Navidad, ¿verdad? digo, más como una afirmación que como una pregunta, mientras trazo el contorno de un reno de madera.

"Siempre me ha gustado. Se trata de conservar lo bueno de nuestro pasado, de llevarlo adelante".

"Tus adornos son preciosos". Todos los míos son comprados. A James nunca le gustó decorar para las fiestas, pensaba que era una pérdida de tiempo. Yo compraba lo que me podía permitir: cajas de 10 dólares de plástico fabricadas en serie con las que estaban decorados miles de árboles más.

"Gracias. Los tengo desde hace tiempo. Algunos los hizo mi padre cuando era niño", explica, "y otros fueron experimentos míos. Como éste". Beau saca del árbol un adorno de madera que

parece un corazón deformado. La pintura se ha desconchado y no es muy bonito, pero parece una bella metáfora. Después de unos segundos, Beau lo vuelve a colocar con cuidado en una rama y regresa a la chimenea para avivar los leños.

"¿Puedo... ¿Puedo ayudar en algo?" El ofrecimiento se me escapa mientras siento que tengo que contribuir. Beau no sólo me salvó, sino que no me mantiene. Siento que tengo que hacer algo para mostrar mi agradecimiento.

La mirada de Beau se cruza con la mía, sus ojos azules reflejan no solo las llamas parpadeantes, sino algo más profundo, algo afín. "No diría que no a un poco de compañía mientras termino de montar el árbol. ¿Si te apetece?"

"Por supuesto. Es lo menos que puedo hacer después de que me hayas rescatado de convertirme en una mujer de las nieves".

Se ríe, un sonido que es a la vez áspero y tierno, como el hombre mismo. Mientras nos acercamos al abeto que se alza orgulloso en un rincón, lo sorprendo mirándome con una suavidad que despierta algo en mi interior. Pero lo reprimo y me concentro en los adornos que colgamos juntos. Todos son únicos, cada uno con sus propias imperfecciones y magulladuras.

"Parece que ya tenemos un árbol de Navidad de verdad", anuncia Beau cuando la caja está vacía, dando un paso atrás para admirar nuestra obra.

"Gracias a vosotros", respondo, sintiendo que la sinceridad de mi gratitud se mezcla con algo más: aprecio, respeto, tal vez incluso los primeros destellos de atracción.

"Gracias a nosotros", me corrige, y me doy cuenta de que, por primera vez en mucho tiempo, no estoy sola. La verdad es que no. Y a pesar de la tormenta que azota el exterior, aquí, en la calidez de la cabaña de Beau, con la magia navideña tejiendo su hechizo a nuestro alrededor, me atrevo a esperar algo más.

El resplandor del fuego baila en las facciones de Beau cuando se sienta en el sofá. Me hace un gesto para que me ponga cómoda y me siento atraída hacia el asiento de al lado. "Dime, Noelle", empieza, con una voz rica y suave como el chocolate caliente, "¿qué te trae a Wildwood Ridge en Nochebuena?".

Hay una suavidad en su mirada que resulta peligrosamente atrayente, amenazando con deshacer el apretado nudo de seguridad que he tejido alrededor de mi corazón. Pero hay algo en Beau, algo desarmantemente sincero, que hace que las palabras salgan de mis labios antes de que pueda pensarlo mejor.

"La vida -exhalo, la palabra convertida en un pesado suspiro- tiene una forma de sacudirte para que despiertes". Mis manos juguetean con la tela de la manta que me cubre el regazo. "Venía aquí para escapar".

"¿Escapar? Inclina la cabeza y sus ojos azules se oscurecen de preocupación.

"De una ruptura", admito, sintiendo el aguijón de la vulnerabilidad mientras aparto la mirada. El calor de la chimenea no compensa el escalofrío que me recorre la espalda al recordar su cara, la cara de James, y el frío desprecio de sus ojos. "Mi ex novio ha roto conmigo esta mañana. Dijo algunas cosas... sobre mi peso". Apenas susurro las últimas palabras, con las mejillas sonrojadas

por la vergüenza.

No sé por qué me siento obligada a compartir con él los detalles embarazosos de mi ruptura, pero él me hace sentir a gusto. Me hace sentir cómoda de una forma que nunca sentí con James.

El silencio de Beau es palpable, pero cuando por fin me atrevo a mirarle de nuevo, no encuentro más que una amable comprensión reflejada en mí.

"Las palabras pueden calar hondo", dice en voz baja, inclinándose hacia delante y apoyando los codos en las rodillas. "Pero no te definen, Noelle. No le des a él ni a nada de lo que diga el poder de romperte".

"Para ti es fácil decirlo", murmuro, con la duda carcomiéndome por dentro. Las palabras de James me han dejado cicatrices demasiado recientes.

"Puede", concede Beau, con una sonrisa en la comisura de los labios. "Pero veo fuerza en ti. Y belleza".

Se me corta la respiración al oír el cumplido y un calor inesperado me recorre el pecho. Quiero creerle, quiero creer que alguien puede ver más allá de las imperfecciones que James había convertido en defectos. Pero años de inseguridades no pueden borrarse con unas pocas palabras amables, ¿verdad?

"Fuerza y belleza", me hago eco, saboreando las palabras, probando su verdad contra el escepticismo que se ha convertido en mi armadura. "Hacía tiempo que nadie veía eso en mí".

"Entonces es que no han mirado bien", responde Beau, con un tono de convicción que hace que algo dentro de mí quiera levantarse y luchar contra la marea de dudas.

Su mirada se clava en la mía, y en el espacio que nos separa, cargado de la energía del fuego crepitante y las sombras íntimas de la cabaña, percibo el comienzo de algo transformador. Un destello de esperanza, tal vez, o la posibilidad de curación.

"Gracias, Beau", digo, dejándome confortar por su presencia. Afuera la tormenta arrecia, pero dentro de este acogedor refugio, con la empatía de Beau envolviéndome como un manto protector, siento la magia de la Navidad, un regalo que hasta ahora no sabía que necesitaba.

El silencio nos envuelve durante unos instantes. El fuego baila, un duendecillo vivaz en el hogar, proyectando un resplandor dorado que transforma los rasgos toscos de Beau en algo suavemente mítico. Se levanta para añadir otro tronco, y las chispas suben en espiral como diminutas estrellas. El calor me acaricia la piel, un contraste sensual con el frío cortante que me había arañado horas antes.

"¿Mejor?", pregunta con voz grave y rica, un sonido que siento en los huesos.

"Mucho", admito, acercando los dedos de los pies al calor. "Gracias, Beau. Por todo".

Le sorprendo mirándome con una intensidad que me hace saltar los muros que he levantado a mi alrededor. Es como si sus ojos fueran capaces de quitar capas, revelando partes de mí que creía estropeadas para siempre por las crueles palabras de James.

"Tus manos... aún están frías", observa Beau, extendiendo la mano con una vacilación tentativa

que contradice sus dedos fuertes y callosos. Me envuelven, y su calor se filtra en mí, una manifestación física de su cuidado. Su pulgar me roza los nudillos con un ritmo silencioso, un contacto tan lleno de promesas tácitas que me produce escalofríos, no por el frío, sino por el anhelo que empieza a aflorar en mi interior.

"¿Está bien?", murmura, y yo sólo puedo asentir, temiendo que mi voz traicione el caos de emociones que su delicadeza está despertando en mí.

"Más que bien", susurro finalmente, sintiéndome atrevida, audaz bajo su mirada. "Beau, es que... me haces sentir...". Ni siquiera puedo decirlo.

"¿Sentir qué, Noelle?" Su pregunta es una invitación, una invitación con potencial para más, más calor, más conexión, más de este deseo floreciente que parece crecer con cada mirada compartida.

Cuando me levanté esta mañana, hice planes para pasar la Navidad con James. Íbamos a ver el partido de fútbol con sus amigos y a tomar aperitivos. No era lo que siempre había soñado, pero era lo que me apetecía.

Entonces me levanté de la cama y James me paró para soltar una carcajada de disgusto. A partir de ahí todo fue cuesta abajo y el hombre con el que había estado saliendo los últimos tres años hizo las maletas y se marchó.

Es demasiado pronto para que vea a otra persona, demasiado pronto para que siquiera me preocupe por otro hombre, pero Beau me hace sentir... "Vista". La palabra se me escapa como un suspiro, llevando consigo el peso de años sintiéndome invisible. "Deseada, incluso".

Su sonrisa es lenta, deliberada, como si estuviera saboreando el momento, y me transmite calidez con más eficacia que cualquier fuego. "Bien", dice simplemente, su voz es una caricia aterciopelada. "Porque lo eres".

Nos quedamos sentados, envueltos en la comodidad del silencio compartido, con los dedos entrelazados como las ramas de los pinos que tiemblan bajo el peso de la nieve. Mientras el fuego chisporrotea y crepita, una sinfonía compuesta para nosotros solos, siento la brasa de algo nuevo encenderse en el espacio que nos separa.

"Beau", empiezo a decir, las palabras me salen de golpe, "tengo miedo. Miedo de sentir esto... sea lo que sea. Después de James, no estoy segura de saber cómo confiar en estos sentimientos. Y tal vez lo que sea que estoy sintiendo es sólo soledad. No lo sé.

"Tómate tu tiempo, Noelle", dice, su voz es un ancla firme en la tormenta de mis dudas. "No hay prisa. Tenemos esta noche, y todas las noches siguientes, si quieres. Porque desde el momento en que te vi supe que había algo especial en ti. Llámalo destino o suerte o amor a primera vista, pero lo supe".

La ternura de sus palabras me envuelve, una promesa tan suave como la nevada, tan duradera como los pinos centinelas del exterior. Mi corazón palpita, atrapado entre las heridas del pasado y el encanto de la esperanza, una esperanza tan frágil y hermosa como los copos de nieve que cubren de blanco Wildwood Ridge.

BEAU



El calor del fuego crepita en el hogar, proyectando un resplandor dorado sobre el salón. Estamos envueltos en un íntimo capullo de sombras y luz en el sofá que se amolda a nuestras formas como un abrazo acogedor.

"James nunca te vio, Noelle", murmuro, con la mirada fija en la suavidad de sus mejillas y en el brillo de sus ojos color avellana, mezcla de esperanza y dolor. "Estaba ciego ante la increíble mujer que eres. No eres sólo curvas... eres fuerza, pasión, inteligencia. Eres hermosa".

Se mueve ligeramente, con la respiración entrecortada, como si mis palabras fueran demasiado pesadas de procesar, demasiado contrarias a las cicatrices grabadas en la imagen que tiene de sí misma. Pero la veo, toda ella, y es como presenciar la primera nevada, pura y fascinante.

"Beau, yo..." Su voz vacila, un susurro perdido entre las sombras parpadeantes.

"Shhh", la tranquilizo, alargando la mano para coger la de Noelle. Mis dedos callosos pueden estar ásperos por los años que llevo manipulando madera, pero saben ser suaves cuando hace falta. Envuelven las suyas, más pequeñas y delicadas, como un voto silencioso de ternura. "Lo digo en serio, Noelle".

Su escepticismo, tan denso como el hielo invernal de las ventanas, empieza a descongelarse bajo la seriedad de mis caricias. Es como si ella fuera un lago helado y yo el sol primaveral que devuelve la vida a las aguas dormidas.

"Tus manos..." Se detiene, pero sus ojos me miran, abiertos y asombrados.

"Han estado esperando para abrazarte", confieso con una risa ronca que no oculta la reverencia que siento por este momento. El simple hecho de acunar su mano me hace sentir como si estuviera sosteniendo algo mucho más valioso: su confianza, sus esperanzas, su corazón.

Y es extraño este impulso de protección que se apodera de mí, el deseo de protegerla de más dolor mientras le muestro el profundo placer que se merece. Pensar que esta Navidad puede ser la Navidad en la que ambos encontremos lo que tanto hemos anhelado.

"Beau", susurra de nuevo, y juro que su voz es el sonido más dulce, la melodía que podría convertirse en mi villancico favorito. "Quiero creer..."

"Entonces cree", le digo con fervor. "Cree en nosotros, en este momento, en la magia que nos ha unido".

El aire entre nosotros brilla con promesas tácitas y deseos que piden ser explorados, cada segundo se alarga como un caramelo, dulce e interminable. Y aquí, en el corazón de la Navidad, con la mano de Noelle en la mía, sé que he encontrado el mejor regalo de todos: la oportunidad de amar y ser amado a cambio. Todo porque me ofrecí voluntaria para trabajar en Nochebuena y me encontré con una mujer con el corazón roto varada en la ladera de mi montaña.

En el silencio que sigue a nuestro intercambio, en el que sólo se oye el crepitar del fuego, me doy cuenta de que mi mirada se desvía hacia sus labios, suaves y acogedores, en marcado contraste con el frío exterior.

"Tus labios... Mi voz se entrecorta, no es un susurro ni una confesión, pero está cargada del peso de un anhelo que he intentado sofocar con todas mis fuerzas.

"¿Qué pasa con ellos?" Su pregunta es una mezcla de inocencia y curiosidad que aviva las llamas que ya arden entre nosotros.

Me río por lo bajo, con un sonido más nervioso de lo que pretendo. "Me distraen". La admisión flota en el aire, envuelta en el aroma a pino y el calor de la habitación.

Las mejillas de Noelle se tiñen de un delicado rosa y se pasa un mechón ondulado por detrás de la oreja, un gesto que habla de nerviosismo y encanto. Y Dios, cómo me hace quererla aún más.

"Beau, ¿realmente quieres decir todas esas cosas que dijiste? ¿Sobre que soy guapa?" Su voz, cargada de vulnerabilidad, me envuelve el corazón. Busca en mi rostro cualquier atisbo de falta de sinceridad, pero no lo encuentra.

"Cada palabra", le aseguro, clavando mi mirada azul en la suya, tratando de infundir cada pizca de verdad en mi mirada. "Eres preciosa, Noelle. No sólo aquí -levanto su mano hacia mi pecho, justo sobre mi corazón-, sino aquí".

Ella traga saliva, su respiración se entrecorta ligeramente cuando nuestras manos se apoyan en el latido constante de mi pulso. Es como si sintiera el ritmo de mi sinceridad, la cadencia de una atracción que ha ido creciendo desde el momento en que la vi.

"Beau, yo..." Empieza pero no termina, sus palabras se entrecortaban con una súbita inspiración, como si estuviera al borde de un precipicio, pensando si saltar o no.

"Oye", digo suavemente, dándole un apretón tranquilizador en la mano. "No pasa nada. No tenemos que precipitarnos. He sentido esa atracción desde que te vi salir del coche, esa sensación que me atrae hacia ti como un imán".

A la luz parpadeante del fuego, veo sus ojos brillar con lágrimas no derramadas, no de tristeza, sino de esperanza. Y bajo el techo adornado con muérdago, siento la atracción de la magia navideña tejiendo su hechizo a nuestro alrededor, instándonos a ceder a los deseos que hemos estado conteniendo.

"Beau, creo que quiero saltar", murmura Noelle, con la voz apenas por encima del crepitar del fuego. Y al acercarme a ella, siento que me rindo a la promesa de lo que nos espera, al calor que promete descongelar la más fría de las noches.

Me levanto del sofá, un calor decidido recorre mis venas. Cada movimiento es medido, deliberado. Me paro ante Noelle, lo bastante cerca como para sentir su respiración acelerada, su

pecho subiendo y bajando con una expectación que coincide con la mía.

Le tiendo una mano, instándola a que la coja.

"Beau", susurra, su voz como un hilo de seda en el aire cargado que nos separa. Sus ojos, desorbitados y llenos de anhelo, no se apartan de los míos.

Noelle me coge de la mano y la pongo en pie. "Shh", murmuro, y mis dedos tocan el dobladillo de su jersey. La tela se levanta lentamente, revelando centímetro a centímetro su suave piel. Levanta los brazos, como una invitación silenciosa, y me permite retirar la barrera de tela. Cae al suelo con un suave golpe, tan insignificante ahora como las dudas que una vez ensombrecieron su mirada.

Su respiración se entrecorta y no puedo evitar sonreír ante el efecto que tengo en ella. Mis dedos rozan sus costados, trazando las líneas de sus curvas con una reverencia que nace de lo más profundo de su ser, un hambre por todo lo que ella es.

"Preciosa", le digo, no solo con palabras, sino con cada una de mis caricias. Los botones ceden ante mis manos firmes, separando las capas restantes hasta que ella se alza ante mí, vulnerable y radiante.

"Beau", jadea de nuevo, como una plegaria y una súplica. La guío suavemente hacia la alfombra de piel de oso que hay frente a la chimenea. El suave resplandor del fuego baila sobre su piel, convirtiéndola en una visión de calidez y deseo.

Cuando me arrodillo ante ella, el corazón me golpea el pecho como un tambor, al mismo ritmo que su pulso en la nuca. Mis labios rozan suavemente la piel de su clavícula y respiro su tenue aroma a vainilla. Trazo la línea de su mandíbula con el pulgar, sintiendo su suavidad bajo mis dedos callosos. El calor de la chimenea irradia entre nosotros, envolviéndonos en una calidez que parece calarnos hasta los huesos.

Agarro el dobladillo de sus bragas y se las bajo lentamente, saboreando el rubor de su cuerpo bajo mi mirada. Su respiración se vuelve agitada y sus ojos se entrecierran mientras exhala de placer.

Sus curvas son aún más impresionantes de cerca, el fuego las tiñe de suaves tonos rojos y dorados. Deslizo las manos por sus muslos, recorriendo la suave piel y sintiendo el calor bajo mis dedos. No puedo creer la suerte que tengo de que esta mujer esté aquí conmigo, permitiéndome tocarla.

Hago girar la lengua alrededor de su pezón, provocando un gemido en lo más profundo de su garganta. Se arquea hacia mí, ondulando ligeramente las caderas hacia mi boca. El sabor de su piel me produce escalofríos y no puedo evitar arrodillarme de nuevo, besando su vientre hasta llegar a su vientre.

Estoy decidido a saborearla, recorriendo con la lengua el interior de su muslo antes de llegar a mi destino. Un suave gemido se escapa de sus labios mientras acaricio sus pliegues con suaves lamidas. Sabe a ambrosía, dulce y embriagadora, y me hace desear más. Deslizo un dedo en su interior, explorando su humedad mientras continúo asaltando su sensible piel con besos y pellizcos.

Sus caderas se agitan contra mis caricias, incitándome a seguir mientras enreda los dedos en mi pelo. Noto cómo mi polla se endurece contra mis vaqueros mientras saboreo cada centímetro de ella. Sus jugos cubren mi lengua, un delicioso manjar del que no quiero saciarme nunca.

Los ojos de Noelle se abren de repente y se clavan en los míos con una mezcla de sorpresa, deseo y algo más profundo. Sus dedos se aferran a mi pelo y me empujan mientras ella jadea. El olor de su excitación inunda la habitación, mezclándose con el aroma a pino y el humo de la chimenea. Noto el calor que irradia su cuerpo al responder a mis caricias.

Inclino ligeramente la cabeza e introduzco un segundo dedo en su húmedo calor, sintiendo cómo sus paredes se aferran a mí con fuerza. Sus gemidos son cada vez más fuertes mientras bombeo lentamente dentro y fuera de ella, acompasando el ritmo con los lametones de mi lengua en su clítoris. Su espalda arqueada y sus labios entreabiertos me producen escalofríos y encienden un fuego ardiente en mis entrañas.

"Dios, Noelle", respiro contra su piel, saboreando la sal de su excitación. "Eres tan sensible, amor", le digo, con la voz ronca por el deseo. "Tan perfecta".

Su espalda se arquea, acercándose a mi boca, a mis manos que ahora exploran cada centímetro de ella. La alfombra que tenemos debajo se olvida, el mundo fuera de esta habitación deja de existir. Sólo existe Noelle, su placer y cada escalofrío que recorre su cuerpo bajo mis caricias.

"Beau", grita, su voz se quiebra al oír mi nombre mientras olas de placer se abaten sobre ella. Su cuerpo tiembla, y yo la sostengo en todo momento, con mi nombre como una bendición en sus labios.

Puedo sentir cada línea y cada curva del cuerpo de Noelle mientras introduzco mis dedos más profundamente en su interior, disfrutando de la sinfonía de su orgasmo. Mueve las caderas contra mi cara mientras disfruta ávidamente de su clímax.

Retiro lentamente los dedos de su coño, recogiendo sus jugos en las yemas de los dedos antes de llevármelos a la boca. Es salado y dulce, adictivo. Los rodeo con la lengua, saboreando su esencia por última vez, antes de apartarme para mirarla. Tiene los ojos cerrados, los labios entreabiertos en un mohín jadeante mientras recupera el aliento. Y entonces los abre, encontrándose con los míos en una mirada tan llena de confianza y necesidad que me deja sin aliento.

Me levanto rápidamente, agarrándola por las caderas para mantenernos firmes. "Déjame demostrarte cuánto te deseo", susurro, tirando de la cintura de mis vaqueros. Mi erección se libera, gruesa y lista para que la toque.

Jadea suavemente mientras la mira, con los ojos abiertos de sorpresa y de hambre a la vez. Con lentitud, me bajo los vaqueros y los calzoncillos a la vez, empujándolos hasta los tobillos antes de quitármelos por completo. Luego busco su mano y la dirijo suavemente hacia mí. "Tócame", le ruego en voz baja. "Enséñame lo que quieres".

NOELLE



El frío de la noche de Nochebuena contrasta con la calidez que me envuelve aquí tumbada, acurrucada en la cabaña de Beau, con el olor a pino y a madera quemada mezclándose en el aire.

Érase una vez, el deseo era una promesa medio vacía, un deseo susurrado en la fría noche que nunca encontró su camino a casa. Mi ex, con sus besos ausentes y su tacto distante, apenas se aventuraba por los caminos que yo anhelaba explorar, dejando mis súplicas de una intimidad más profunda sin respuesta, como cartas a Papá Noel olvidadas en un cajón.

"Hermosa Noelle", la voz de Beau retumba en mi nuca, su aliento caliente en mi piel me devuelve a este momento, nuestro momento.

Me giro hacia él, la suavidad de la alfombra de piel que tenemos debajo contrasta irónicamente con las líneas duras de su complexión robusta. Sus ojos azules brillan con un hambre tan diferente de la indiferencia que he conocido. Es como si me viera, mi verdadero yo.

"Beau", susurro, con una voz mezcla de curiosidad y valentía. Sus dedos trazan el contorno de mis labios y, por primera vez en mucho tiempo, me siento apreciada.

"Nunca te han besado como te mereces, ¿verdad?", murmura, con palabras entre acusadoras y prometedoras.

"Nunca", admito, y mi pasada vulnerabilidad se convierte en una excitante anticipación bajo su mirada.

Sus labios encuentran los míos y su beso es juguetón, una pregunta y una respuesta a la vez. Es como si cada caricia fuera una palabra de nuestro lenguaje secreto, cada caricia una frase que escribe un nuevo capítulo de mi vida, uno en el que el placer no sólo se da, sino que se comparte.

"Déjame enseñarte lo que te has estado perdiendo", dice, y no es un alarde, sino una promesa pronunciada desde lo más profundo de su corazón, un corazón que late al ritmo del mío.

La boca de Beau se separa de la mía y recorre mi cuerpo con besos ardientes. Cada beso es un copo de nieve que se derrite en mi piel, único y efímero. Se detiene en mis pechos, adorándolos con la lengua y los dientes hasta que me arqueo contra él, ansiando más de esta nueva devoción.

"Dios, eres increíble", respira contra mi vientre, su barba me hace cosquillas y me arranca una risita que se convierte en gemido cuando se aventura a bajar más.

Jadeo y le meto la mano en el pelo para incitarle. La sensación de sentirme deseada, realmente

deseada, me recorre las venas.

"Cada centímetro de ti", promete, con voz ronca mientras sigue explorando, su reverencia por mí evidente en cada movimiento deliberado. No hay prisa, no hay urgencia egoísta, sólo Beau y su deseo de complacerme.

"Más", jadeo, sintiendo cómo sus labios se curvan en una sonrisa contra mi piel. "Te necesito dentro de mí.

La mirada de Beau se ensombrece y en sus labios se dibuja una sonrisa perversa. Se levanta y se sienta a horcajadas sobre mí, con la alfombra de pieles bajo nosotros proporcionando una tentadora textura sobre nuestra piel desnuda. Su imponente presencia es poderosa, un poder que sólo aumenta por la acalorada anticipación que baila en sus profundos ojos azules.

"Paciencia", murmura por encima de mí, despertando un hambre que ni siquiera sabía que existía en mí. Baja una gran mano y se agarra por la base, exhibiendo su tamaño y su dominio antes de entrar en contacto deliberado con mi núcleo cada vez más húmedo. Es una exhibición íntima que me hace respirar agitada.

Sus fuertes dedos me separan suavemente, exponiendo mi palpitante centro al aire fresco de la cabina. Mi espalda se arquea ligeramente por el repentino contacto, deseando más de él. "Tan excitada por mí", susurra asombrado, como si yo fuera el espectáculo más maravilloso que jamás haya visto.

El corazón me palpita en el pecho mientras Beau traza lentos círculos alrededor de mi entrada, tortuosamente cerca, pero sin penetrar aún. Sus movimientos me provocan un dulce tormento en el bajo vientre. La tensión erótica aumenta cuando por fin empuja su polla dentro de mí con firmeza y suavidad.

La inesperada sensación de plenitud me produce sacudidas de placer. Me agarro a la alfombra de piel para no gritar.

"¿Estás bien? Su voz es suave, pero sus ojos están muy preocupados.

"Más que bien", le aseguro, mis manos exploran los planos de su espalda, sintiendo los poderosos músculos trabajar cuando se mueve. "Me haces sentir... Pero las palabras me fallan, arrastrada por la marea de sensaciones y emociones que Beau ha desatado en mí.

"Shhh", me tranquiliza besando mis intentos de hablar. "Sólo siente".

Sin mediar palabra, Beau me penetra. Jadeo, sorprendida por la súbita plenitud y la enorme intensidad. Sus movimientos lentos y pausados marcan un ritmo que intensifica cada oleada de placer que me invade.

Me penetra sin cesar y cada embestida provoca un infierno en nuestro interior. Mis gemidos aumentan con cada caricia, mientras él gruñe elogiando mi receptividad, y cada declaración aviva aún más las llamas.

Nuestros cuerpos se mueven en una danza apasionada, el sonido de la piel contra la piel llena el camarote junto con nuestras respiraciones entrelazadas. Los gemidos de Beau se vuelven más roncos a medida que se hunde más en mí, y yo recibo cada embestida con un deseo descarado.

"Más", le suplico entre jadeos de éxtasis, mientras me estiro para rodear con los dedos mi clítoris palpitante, un toque que añade una capa más a esta sinfonía carnal.

"Tu dulzura", murmura contra mí, "es embriagadora". Su voz es una caricia que me recorre el cuerpo, acumulando calor donde estamos unidos.

Sus manos me recorren, suaves pero insistentes. Hablan el lenguaje del deseo y cada caricia enciende chispas bajo mi piel. Sus movimientos son urgentes, pero bajo ellos se esconde una ternura que envuelve mi corazón en terciopelo.

"Mírame, Noelle", me insta cuando cierro los ojos, perdida en las sensaciones. Y lo hago. Miro y veo no sólo al hombre que me abraza ahora, sino la promesa del mañana, la esperanza de que tal vez, sólo tal vez, el amor a primera vista pueda convertirse en eterno.

"Hermoso", susurra, y no sé si se refiere al acto, al momento o a mí, pero no importa. Porque en sus ojos me veo reflejada, no rota sino entera, no deseosa sino ferozmente deseada.

Lo siento todo: la magia navideña, la esperanza, la alegría juguetona y la intimidad profunda que sólo Beau ha despertado en mí. Mientras nos movemos juntos, me doy cuenta de que esto es más que una unión física; es la curación que no sabía que necesitaba, el regalo que no me había atrevido a pedir.

Me doy cuenta de que esto es intimidad, no sólo el entrelazamiento de cuerpos, sino la unión de almas. Me aferro a él mientras sube la marea de mi interior, amenazando con derrumbarme y dejarme a la deriva.

"Quédate conmigo", jadea, y sé que él también está cerca, que la tensión de su cuerpo se hace cada vez más fuerte.

"Siempre", le prometo, y son más que palabras; es una promesa grabada en mi corazón, sellada con el calor de nuestros cuerpos apretados mientras buscamos la liberación final.

Y entonces llega: una ráfaga de luz demoledora, extraordinaria y cegadora que anula todo lo anterior. Grito, no de miedo ni de dolor, sino de triunfo, de revelación, y Beau le sigue, mezclando su grito con el mío, un dúo de culminación.

Nos desplomamos, una maraña de miembros, de respiraciones agitadas que se calman lentamente, de corazones aún acelerados. Esto es más de lo que esperaba, más de lo que me permití creer que podía ser real.

"Gracias", susurro en la silenciosa penumbra, sintiendo cómo me abraza con más fuerza.

"¿Por qué? Parece realmente perplejo, sus dedos trazan patrones ociosos en mi piel.

"Por enseñármelo... todo". Mi voz está llena de emoción, de gratitud por este hombre que no sólo ha reclamado mi cuerpo, sino que ha empezado a curar mi alma.

"Noelle", dice Beau, sus labios encuentran los míos una vez más, una suave tranquilidad. "Esto es sólo el principio. Porque para mí, eso fue..." Hace una pausa, buscando las palabras.

"¿Magia navideña?" le digo con una inclinación juguetona de la cabeza, mirándole con los ojos entornados.

"Exacto", ríe entre dientes, con sus ojos azules brillando como la nieve recién caída por la ventana, en marcado contraste con el calor que aún irradia entre nosotros.

En esta quietud posterior al éxtasis, saboreo la ingravidez melosa que nos envuelve. Mi piel zumba donde toca la suya, cada punto de contacto enciende pequeños fuegos artificiales que estallan y se apagan, para renacer de nuevo. Es una danza de sensaciones demasiado compleja para las palabras, pero perfecta en su lenguaje silencioso.

"Beau -susurro, poniéndome de lado para mirarle-, siento que llevo dormida mucho tiempo y tú acabas de despertarme.

Su sonrisa se hace más profunda, grabando hoyuelos en sus mejillas. "Noelle, verte revivir bajo mis caricias, oír tus suspiros, tu risa... es como desenvolver el mejor regalo que nunca supe que quería".

Mi corazón se hincha, amenazando con desbordarse con una emoción que no puedo nombrar. Es parecida a la gratitud, pero más profunda, más privada, como un secreto susurrado entre dos almas bajo un cielo estrellado. Beau no sólo ha tocado mi cuerpo, sino que ha llegado a los rincones fragmentados de mi corazón y los ha reunido en una apariencia de totalidad.

"Quédate conmigo esta noche", me dice, como una tierna súplica envuelta en el terciopelo de su barítono.

"Nada podría apartarme de ti", respondo, encontrando la verdad en la promesa. Somos dos mitades de un todo, unidas no por casualidad, sino por una casualidad del destino: un encanto navideño que nos ha hecho inseparables.

Observo, hipnotizada, cómo las llamas de la chimenea proyectan un resplandor dorado sobre sus rasgos, resaltando la belleza agreste del hombre que me ha rescatado de mi propia existencia vigilada. Sus fuertes brazos son a la vez mi fortaleza y mi santuario, me protegen de las heridas del pasado y me atraen hacia un futuro lleno de posibilidades.

"Mañana resolveremos lo de tu coche", me dice con una nota de determinación en sus palabras. "Pero por ahora, vamos a estar aquí, juntos".

"Aquí", me hago eco, mi voz un suspiro reverente, "juntos". Y mientras nos quedamos dormidos, me doy cuenta de que la verdadera esencia de la Navidad no está en los regalos ni en los villancicos, sino en la alegría inesperada de encontrar el amor cuando y donde menos te lo esperas.

NOELLE

EPÍLOGO



Unos días después, me acurruco en el sofá de Beau, con una suave manta de cuadros sobre las piernas. Mi corazón baila a un ritmo nervioso, aleteando como las delicadas alas de una mariposa atrapada. Con una respiración tranquila que se mezcla con el aire perfumado de pino, encuentro el valor para marcar el número de mi hermana Lily. Suena el teléfono y el corazón se me sube a la garganta.

"¿Diga?" La voz de Lily, familiar y reconfortante, se cuela por la línea. "¿Noelle? ¿Estás muerta?"

"Hola, soy yo", empiezo, mis palabras cayendo en un torrente de alivio y emoción. "Mi coche decidió transformarse en un trozo de metal inservible en medio de una tormenta de nieve. Nadie dijo nada de una ventisca en Nochebuena. ¿Te lo puedes creer?"

"Espera, ¿qué? Estaba en toda la radio. ¿Estás bien? ¿Dónde estás?" Su preocupación es palpable y me oprime el pecho.

Me hundo más en los cojines, dejando que el acogedor abrazo de la cabaña me proteja de la tormenta exterior e interior. "Estoy a salvo, Lil. Un tipo que vive en la montaña, Beau Montgomery, ha tenido la amabilidad de dejar que me quede aquí". Me muerdo el labio, la imagen de sus ojos azules destella en mi mente.

"¿Beau?", repite ella, con escepticismo en su voz. "¿Quién es Beau? No conozco a ningún Beau Montgomery".

"Sólo... un amable desconocido con una cabaña muy acogedora". Me río, pero con aire vacilante. El silencio que sigue me parece pesado, cargado de detalles no dichos de mi apasionado enredo con este hombre tan misterioso como reconfortante.

"¿Estás seguro de que es prudente?" La pregunta de Lily es suave pero incisiva. "¿Quedarte con un desconocido?"

Es complicado y difícil de explicar, pero hago lo que puedo. "James nunca me vio, Lily", confieso, dibujando patrones en la manta con la punta del dedo. "Pero Beau, me mira como si yo fuera... no sé, como si fuera algo precioso".

"James es idiota", replica Lily rápidamente, con lealtad feroz en su tono. "Pero este Beau... Acabas de conocerlo, Noelle. ¿Y ahora te quedas con él por un problema con el coche? Tú no

eres así".

"¿No es así?" Musito en voz alta. Mi mirada se posa en las llamas crepitantes, cuyo baile proyecta sombras juguetonas en las paredes. "Quizá... quizá sea exactamente como yo. Quizá he tenido demasiado miedo para admitirlo".

"¿Miedo? La preocupación tiñe sus palabras.

"Emocionada", la corrijo, una sonrisa se dibuja en mis labios a pesar del caos de emociones que se arremolinan en mi interior. "Estoy... emocionado, Lily. Asustada, sí, pero hay algo en él, en esto, que me hace sentir increíblemente bien".

"Vale, prométeme que tendrás cuidado", implora, y casi puedo verla mordiéndose el labio inferior, como hace cuando está preocupada.

"Prométemelo", digo, sabiendo muy bien que la promesa es tan frágil como los copos de nieve que siguen cayendo fuera. Pero la verdad es que estoy abierto a descubrir en qué se puede convertir esto, aunque el camino esté resbaladizo y cubierto de nieve recién caída.

"Bien", dice Lily, suavizando su voz. "Sólo... mantén el corazón abierto pero vigilado, ¿vale?".

"Abierto pero vigilado", repito, encontrando consuelo en la paradoja. "Pero Beau no ha sido más que amable", añado, con la esperanza de que Lily lo apruebe. "Me escucha, me escucha de verdad. Es como si me entendiera sin tener que intentarlo. Hemos hablado de todo desde que me salvó en Nochebuena: de libros, de nuestros amigos, de nuestras aficiones, de lo que esperamos para nuestro futuro, de todo."

"Suena como si tuviera un buen corazón", contesta, y su escepticismo se disipa lo suficiente como para dejar entrever su curiosidad.

"Más que bueno", confieso, sonriendo al recordar la risa de Beau, profunda y genuina, llenando la cabaña anoche mientras intercambiábamos historias junto al fuego. Mi mirada se desvía hacia la ventana, donde los copos de nieve se aferran al cristal como delicados secretos. "Me hace sentir... valorada. Y no solo por mi aspecto".

"Apreciada", ofrece Lily, la palabra envolviéndome como una cálida manta.

"Exacto. Acerco las rodillas al pecho y siento el calor de la chimenea impregnándome la piel. "Querida".

Hay una pausa y luego, con una voz entre cautelosa y cuidadosa, Lily dice: "Asegúrate de ir despacio, Noel. Aún te estás curando".

Asiento con la cabeza, aunque ella no puede verme. No necesita saber que hemos pasado los últimos días teniendo sexo, comiendo y hablando en los momentos intermedios.

"Lo estoy", la tranquilizo. "Pero hay algo diferente en Beau. Algo que me dice que merece la pena correr el riesgo". Mi corazón se hincha con una mezcla de expectación y coraje, del tipo que la presencia de Beau parece arrancarme.

"Entonces me alegro por ti", dice, y puedo oír la sonrisa en su voz. "De verdad".

Me acomodo un mechón de pelo detrás de la oreja, el calor del fuego me envalentona. "Estando

aquí, con él, es como si el mundo exterior no existiera. Estamos en esta pequeña burbuja de calma en la tormenta. Es extraño, pero en todo el caos de mi vida últimamente, me siento con los pies en la tierra más que nunca."

"Quizá sea la magia navideña", bromea Lily suavemente.

"Quizá", respondo, con una risa que me brota del pecho. Pero en los silenciosos espacios entre mis palabras, sé que es algo más que magia. Es la posibilidad del amor, un amor que me atrae hacia lo desconocido con una atracción tierna pero insistente.

"¿Vas a quedarte un rato más? La pregunta de Lily flota a través de la línea, llena de una comprensión tácita de la vulnerabilidad y la esperanza que se mezclan en mi interior.

"Quizá", vuelvo a decir, esta vez más suavemente. La idea de abandonar el santuario de Beau me oprime el corazón y me empuja a aferrarme a este momento, a este sentimiento, sólo un poco más.

"Cuídate, Noel", añade Lily, devolviéndome suavemente a la realidad. "Y vuelve a casa sano y salvo".

"Siempre", le aseguro, termino la llamada y dejo el teléfono a un lado. Me echo hacia atrás, cierro los ojos e inhalo profundamente. La cabaña de Beau, con sus vigas toscas y el crepitar constante del fuego, se ha convertido en un refugio, un testimonio de serendipia y de los inexplicables designios del destino.

Por una vez, dejo que el control se me escape de las manos como la fina arena de la montaña y elijo dejarme llevar por las corrientes de lo que podría ser. Esta elección me produce un escalofrío a partes iguales de miedo y alegría. El amor es un salto, una entrega a lo desconocido, y por primera vez estoy dispuesta a saltar.

Pase lo que pase, este desvío a Wildwood Ridge me ha dado momentos que guardaré para siempre.

Beau entra en la habitación con los aromas de la cocina pegados a él: canela, nuez moscada, el dulzor de las manzanas asadas. Tiene esa mirada, azul como el cielo invernal, clara e intensa.

"¿Deberíamos ver si podemos sacar tu coche de la carretera?", pregunta. Su voz retumba como un trueno lejano, suave pero potente.

Hay un momento, un latido, en el que me planteo la seguridad de lo conocido. Luego, la temeridad se enciende en mí como la primera chispa de la leña. "O podríamos aprovechar al máximo el tiempo que tenemos antes de enfrentarnos a ese frío", replico, poniéndome de pie para mirarle, nuestras energías mezclándose como humo y fuego.

Sus labios se curvan hacia arriba, con esa sonrisa ardiente que me dice que ha entendido mi silenciosa súplica. "¿Ah, sí?"

"Por supuesto. Mi voz es una promesa ronca, cargada del deseo que corre por mis venas.

Acorta la distancia que nos separa en dos zancadas y levanta una mano para apartarme un mechón de pelo de la cara. Su contacto me quema la piel y me inclino hacia él, ansiando el calor, la conexión, la cruda intimidad de este momento compartido.

"Entonces olvidémonos del mundo exterior durante un rato más", murmura Beau, con su aliento cálido en mi mejilla.

"Sí", exhalo, rindiéndome al torbellino de emociones que Beau ha despertado en mí. La cabaña, los copos de nieve, la magia navideña... todo palidece en comparación con el hombre que tengo ante mí y que ha rescatado mi corazón sin siquiera intentarlo.

"Vamos a..." Mis palabras se interrumpen cuando su boca reclama la mía, un beso que sella nuestro pacto tácito. Y mientras caemos en una maraña de extremidades y cariños susurrados, sé que el regalo más verdadero de estas fiestas no se encuentra bajo ningún árbol: está aquí, en los brazos de Beau, donde todos los miedos se desvanecen, dejando a su paso sólo la llama ardiente del amor.

SEGUNDA OPORTUNIDAD CON EL LEÑADOR

ALLISON

Salgo del coche en Wildwood Ridge, con los talones crujiendo sobre la grava. El aire está cargado de pino y nostalgia, envolviéndome como un chal familiar deshilachado en los bordes. Hace años que no respiro este aire de montaña, pero parece que fue ayer.

"Sigue siendo el mismo Wildwood de siempre", murmuro para mis adentros, aunque las palabras suenan extrañas en la inmensidad del espacio abierto. Las tartas de manzana de la señora O'Leary perfuman la brisa, una receta que no ha cambiado con el tiempo y que me transporta a un mundo en el que cada rincón guarda un recuerdo.

Mientras camino hacia la casa de mi infancia, cada paso me parece pesado, reacio. Casi puedo oír el crujido de la verja que ya no se mueve sobre sus goznes. Mis dedos recorren la pintura descascarillada de la valla, el blanco que ahora da paso al gris de la madera desgastada y el tiempo perdido.

"Se quedó con las rosas de mamá", susurro. Ahora son silvestres, una explosión de color desenfrenada e indómita, tan diferentes de los arbustos pulcramente podados que ella cuidaba con tanto esmero cuando estaba viva. Pero ahora ambos se han ido, dejándome con la casa y miles de recuerdos desvanecidos.

Suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo y me apoyo en la valla, con la mirada fija en la casa. "Has envejecido, viejo amigo", digo en voz baja, dejando que las comisuras de mis labios se levanten en una sonrisa agridulce.

La casa es más grande que cuando me fui. Mi padre siempre estaba construyendo en ella; la llamaba su proyecto interminable. Se me encoge el corazón al echar de menos su presencia tranquilizadora.

Han pasado diez largos años desde que dejé Wildwood Ridge. Me despedí de mi familia, de mi infancia y de mi primer amor.

"Grant", digo su nombre en voz alta, probándolo en mi lengua, preguntándome si todavía me recuerda tan vívidamente como yo a él. "Apuesto a que nunca te fuiste". Mi voz es una mezcla de admiración y acusación, porque él siempre tuvo raíces aquí más profundas que los pinos que se elevan por encima.

Me armo de valor para cruzar la verja y recuperar un fragmento de la vida que dejé atrás. Este jardín salvaje e indómito es sólo el principio. Más allá hay una casa llena de ecos, un eco de

amor, de pérdida y de la oportunidad de encontrar la redención en el claro de unos caminos cubiertos de maleza.

La puerta cruje sobre antiguos goznes, un sonido que antaño anunciaba el comienzo de innumerables aventuras infantiles. Ahora anuncia un viaje diferente, uno que he retrasado demasiado tiempo. "Sólo es una casa", susurro, pero el aire mohoso me golpea, cargado de olor a libros viejos y restos de la colonia de mi padre.

Las paredes, atestadas de libros cubiertos de polvo y adornadas con fotos familiares descoloridas, no responden. Las cortinas descoloridas por el sol ondean como manos espectrales que me guían al corazón de mi pasado. Todo está intacto, preservado; una exposición de museo de mi vida anterior.

"Debería haber vuelto antes", murmuro, con la voz tragada por el silencio. Mis dedos rozan los lomos de las desgastadas novelas de las estanterías, cada una de ellas un mundo al que mi padre había escapado, lejos de las garras de su enfermedad. Está en todas partes, pero en ninguna dentro de estas paredes.

Mi mirada se posa en la foto enmarcada que hay junto al sofá, nuestra última imagen familiar. Todos sonreímos: mamá, papá y yo, el día de mi graduación en el instituto.

Me llama la atención una cajita escondida en un rincón del armario del pasillo. Dentro, encuentro fragmentos de mi pasado: fotos antiguas, informes escolares, tarjetas de cumpleaños hechas a mano. Son muestras de amor y orgullo, cada una de ellas un susurro de "Me acuerdo". Hay una foto mía con un trofeo en la mano y la cara radiante. Papá me hizo esa foto justo después de que ganara la feria de ciencias. Siempre creyó en mí, incluso cuando yo no lo hacía.

"Siempre mi campeón", digo, con la voz entrecortada. Las paredes parecen contener la respiración, absorbiendo mis palabras, mi dolor, mi anhelo.

El crujido de los neumáticos sobre la grava me sobresalta y me saca de mi ensueño. Miro por la ventana y veo un todoterreno entrando en la entrada. El corazón me da un vuelco al verle salir: Grant Evans, el chico que una vez conoció todos mis secretos, ahora un hombre de cuya vida no sé nada.

El tiempo lo ha esculpido, y el encanto juvenil ha dado paso a líneas toscas y a una seguridad que le sienta bien. Su pelo, aún despeinado, parece haber sido besado por los vientos de la montaña, y esos ojos azules... aún podrían ahogarme si se lo permitiera.

Respiro hondo, preparándome para el encuentro. Es curioso cómo un lugar puede cambiar tanto y, sin embargo, parecer exactamente el mismo. Wildwood Ridge es así; está en el aroma de las agujas de pino, en el susurro de las hojas, en la tierra firme bajo mis pies: es mi hogar.

"Hagámoslo, Alli", me digo a mí misma, alisándome la blusa, intentando recuperar algo de compostura. Abro la puerta y salgo al encuentro de mi pasado.

"Allison", sonríe, su voz es un barítono que ondea en la quietud.

Por un instante, somos estatuas bajo la luz dorada de la tarde, vestigios de otro tiempo. Es su mandíbula, más afilada ahora, junto con los hilos plateados que atrapan la luz de su pelo. Es el mismo Grant, pero las líneas de la experiencia grabadas en su rostro hablan de incontables años

vividos sin mí.

"Hola, Grant", consigo decir, las palabras me saben extrañas y formales en la boca. ¿Escucha cómo tartamudea mi corazón, cómo solía hacerlo cada vez que él estaba cerca?

"Hola. Su saludo queda suspendido entre nosotros.

"Cuánto tiempo", digo, intentando ser informal pero fallando por mucho. La charla trivial me parece torpe, un mal sustituto para el torrente de preguntas que quiero soltar.

"Demasiado tiempo", asiente, su mirada se posa en mi cara como una caricia. "Tienes buen aspecto".

"Gracias. Me acomodo un mechón de pelo castaño detrás de la oreja, consciente de que su mirada sigue el movimiento. "Tú también".

"Wildwood Ridge me sienta bien", admite, con una media sonrisa tirándole de la comisura de los labios.

"Parece que sí". Asiento con la cabeza, aunque se me hace un nudo en la garganta al admitirlo. Esta ciudad, este hombre, se han moldeado mutuamente de un modo que sólo puedo adivinar.

Tras un largo momento de silencio, le hago un gesto para que se acerque. "Eres el agente inmobiliario, ¿verdad?

"Sí. Tu padre lo dejó en su testamento. Dijo que quería que alguien que conociera la belleza de la casa se la vendiera a alguien que la apreciara". Su respuesta es suave y complaciente mientras entramos, uno al lado del otro pero sin tocarnos. "Es tal y como la recordaba", comenta, echando un vistazo a la habitación que alberga tantas sombras de nuestro pasado.

"Es como una cápsula del tiempo", murmuro, y su risita, cálida y grave, me envuelve. "Gracias por ocuparte de la venta".

"Por supuesto. La voz de Grant es suave, su sonrisa sincera. "Es lo que hago".

Asiento con la cabeza, tratando de ignorar el tirón en el pecho, el anhelo de algo más que una conversación cortés. Hay una historia aquí, una que susurra a través del crujido de las tablas del suelo y el suspiro del viento entre los pinos del exterior.

"Tu padre se alegraría de que te ocuparas de las cosas", dice, y esa simple frase rompe el dique, dejando que un torrente de dolor y calidez lo inunde todo.

"Gracias, Grant. Se me quiebra la voz y me aclaro la garganta, avergonzada. "Le encantaba este sitio".

"A nosotros también", añade en voz baja, y el "nosotros" me envuelve, un recordatorio de una época en la que "nosotros" era una posibilidad. Pasa otro momento incómodo en silencio antes de que se aclare la garganta y cambie de tema. "¿Puedo ayudarte en algo mientras estoy aquí?". Grant pregunta.

Hay mucho que ordenar. Cuando murió mamá, papá nunca se deshizo de nada. Tengo años de recuerdos que revisar y décadas de felicidad que vender, tirar a la basura o salvar. "No tienes por qué hacerlo. Mamá y papá eran unos empacadores; ya lo sabes".

Me doy la vuelta, ocupándome de una pila de papeles encima de un viejo escritorio de roble. Pero la presencia de Grant es omnipresente, como el aroma a pino que lo impregna todo aquí. Es difícil concentrarse cuando cada pequeña cosa parece susurrar su nombre.

"Tu padre mantenía todo en orden", comenta en voz baja, cogiendo un señuelo de pesca descolorido del escritorio. "Era un buen hombre. Aunque tuviera muchas cosas", Grant guiña un ojo.

"Oye, ¿recuerdas cuando construimos ese fuerte en la parte de atrás?", pregunta, señalando hacia la ventana que da al patio trasero cubierto de maleza.

"¿Cómo podría olvidarlo? Éramos invencibles en nuestra fortaleza".

"Parece que fue hace toda una vida", reflexiona, y capto la nota de nostalgia en su voz, que se mezcla con mi propia añoranza de tiempos más sencillos.

"¿Recuerdas cómo discutíamos por los ingredientes de la pizza? Las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas, con una sonrisa juguetona levantando la comisura de los labios. "¿Todavía odias la pizza con piña?".

Grant suelta una risita, un sonido intenso e inesperado en la silenciosa habitación. "Odio es una palabra muy fuerte, pero digamos que no es mi primera opción".

"Es bueno saber que algunas cosas nunca cambian", bromeo, y mi corazón da un vuelco cuando nuestros ojos se cruzan. Su mirada se clava en la mía y, por una fracción de segundo, el tiempo se pliega sobre sí mismo, los años se disuelven como la niebla sobre la cresta.

"Oye, Alli", empieza Grant, con un parpadeo de duda en los ojos. "¿Qué te parece si mañana nos tomamos un café? Seguro que tienes mucho que hacer, pero si tienes unos minutos...", se interrumpe.

"Claro", le contesto, como una llave girando en una cerradura. "Un café me parece bien".

"Estupendo. Su alivio es palpable y su sonrisa llega a sus ojos, encendiéndolos con una esperanza que refleja la mía. "Tengo un par de visitas por la mañana y a primera hora de la tarde. ¿A las dos de la tarde está bien?

Asiento con la cabeza, con las comisuras de los labios levantándose. "Dos es perfecto.

"Entonces es una cita. El término queda colgando, tierno y tentativo, un puente sobre años de silencio.

Y cuando se marcha, cerrando suavemente la puerta tras de sí, me quedo con el eco de esa palabra -cita- y con el aleteo en el pecho que me sugiere que esto podría ser el comienzo de algo hermoso, algo así como volver a casa.

GRANT

El timbre de la puerta suena suavemente cuando entro en "Bean There" y el aroma familiar del café recién molido me envuelve como un abrazo reconfortante. Las paredes de ladrillo visto, adornadas con vibrantes obras de arte local, rinden tributo al pulso creativo de Wildwood Ridge. Las sillas y mesas desparejadas dan al espacio un aire informal y acogedor. Es un cálido santuario en el que susurran innumerables historias, incluida la mía.

En un rincón acogedor, la luz del sol baña a Allison en un resplandor etéreo, su pelo castaño se enciende en llamas de cobre y oro. Mis pies me llevan hacia delante, aunque mi corazón vacila a cada paso. Ella levanta la vista y, por un momento, es como si volviéramos a tener diecisiete años, antes de que la vida lo complicara todo.

"Hola", me saluda, con una sonrisa vacilante pero sincera.

"Hola". Me siento en la silla de enfrente. "Cuánto tiempo".

Empezamos a charlar incómodamente, como si estuviéramos bailando al borde de un precipicio. "¿Recuerdas cuando el Sr. Henderson nos pilló faltando a clase para pasar el rato aquí?". le pregunto, soltando una carcajada.

Su risa se une a la mía, más ligera ahora, como música. "Se enfadó mucho, aunque él también había avisado de que estaba enfermo. Tú intentabas explicarme cálculo y a mí sólo me importaba el baile de primavera".

"En el que, por cierto, estabas guapísima", digo antes de poder contenerme. Sus mejillas se sonrojan y me retrotraigo a la noche del baile bajo un cielo lleno de estrellas, con el mismo rubor en sus mejillas mientras nos balanceábamos al ritmo de una canción lenta. El ambiente estaba cargado de amor juvenil y de la promesa de una eternidad.

Los finos dedos de Allison rozan delicadamente su sien mientras se coloca el mechón de pelo suelto detrás de la oreja. "Eran tiempos más sencillos, ¿verdad?". La nostalgia de su voz nos envuelve, uniendo los años que hemos pasado separados. Parece que fue hace toda una vida y, en cierto modo, lo fue. Entonces éramos personas diferentes.

"Definitivamente más sencillas", coincido, sintiendo que se restablece una conexión como si el tiempo no se hubiera extendido entre nosotras, vasto y silencioso.

Los ojos de Allison adoptan una mirada distante y dolorida mientras se alejan por la ventana. Su voz tiembla de tristeza cuando vuelve a hablar, sus palabras cargadas de emoción. "He estado

revisando las pertenencias de papá, tratando de darle sentido a todo. Es... más difícil de lo que pensaba".

Cuando cruzo la mesa para cubrir su mano con la mía, noto la calidez que irradia su piel, una sensación reconfortante y arraigada en medio de la confusión emocional. A pesar de los años que nos separan, la familiaridad de su tacto me trae recuerdos de nuestra adolescencia.

Se me hace un nudo en la garganta y me esfuerzo por tragar para no sentirlo, respondiendo con un "ya me lo imagino".

Me mira a los ojos, con sus charcos verdes brillantes de lágrimas no derramadas. "Anoche encontré su colección de maquetas de trenes antiguas. Se pasaba horas enseñándomelas, contándome su historia". Se le quiebra la voz y traga saliva.

No sé lo que es perder a un ser querido, pero imagino que no es fácil. "Recuerdo que me contaba esas historias. Pensó que así me aburriría y rompería contigo", me río y le acaricio suavemente el dorso de la mano con el pulgar. "No esperaba que le interesara, pero cuando descubrió que sí, creo que le gusté un poco más".

"Sí", exhala, una lágrima se escapa por su mejilla. "Le echo mucho de menos. Sé que no me he acercado, así que quizá no parezca que me importaba, pero me importa. Me importaba".

"Oye, mírame", susurro, esperando hasta que su mirada se eleva a la mía. "Sabía lo mucho que le querías. Eso es lo que más importaba".

Nos quedamos sentados, con las manos enlazadas, el resto del mundo desvaneciéndose. Las emociones se agitan en mi interior al ver a la mujer fuerte e independiente que una vez soñó con un gran futuro más allá de las fronteras de nuestro pueblo, ahora vulnerable ante su pérdida. Y aquí estoy yo, todavía arraigado en el lugar donde nuestras raíces se entrelazaron, aferrándome a ella como si pudiera quitarle parte del dolor.

"Gracias, Grant", me dice, apretándome la mano. Su gratitud es algo tangible, pesado y cálido, que llena el aire entre nosotros.

"Siempre, Allison. Siempre".

El calor de la cafetería nos envuelve como una manta desgastada. Y pronto estamos hablando de todo y de nada. Nuestras vidas han cambiado enormemente desde la última vez que nos vimos y la nostalgia de Bean There nos permite abrirnos.

Allison se hizo arquitecta, como siempre quiso, y habla de ello como si fuera lo único que la mantiene viva. "La arquitectura ecológica no es sólo diseño, Grant. Se trata de dar forma al futuro", dice, con la pasión iluminando esos ojos esmeralda. "Cada edificio que creamos en Aegis es un paso hacia la sostenibilidad".

Asiento con la cabeza, sorbiendo de la taza de esmalte azul vintage que de alguna manera se ha convertido en un recipiente compartido entre nosotros, nuestros dedos rozándose fugazmente, enviando una sacudida a través de mis venas, un recordatorio silencioso de la electricidad que una vez nos definió.

"Wildwood Realty también ha sido buena conmigo". Mis palabras parecen insuficientes comparadas con su impacto global. "Hemos dado forma al paisaje de Wildwood Ridge,

manteniendo intacto el encanto de pueblo pequeño y asegurándonos de que crezca de forma sostenible". Creo que su deseo de ir a la universidad y cambiar el mundo influyó en mi forma de ser. Hace diez años no me preocupaba por mi huella medioambiental; ahora es algo arraigado en mi forma de pensar cotidiana".

"Siempre has sido un protector de este lugar", murmura, levantando una comisura de los labios en una sonrisa que no le llega a los ojos.

"Alguien tiene que serlo", le contesto, pero hay algo de verdad en mi broma. Esta pequeña ciudad, enclavada en las colinas y rodeada de frondosos bosques, me ha convertido en la persona que soy hoy. La gente de aquí es cálida y acogedora, su esencia está impregnada de un sentido de comunidad y pertenencia. Conocen los nombres y las historias de los demás, y se aseguran de cuidar de los suyos. Esta ciudad es algo más que un lugar físico; es un sentimiento, una parte integral de mi identidad que llevo conmigo dondequiera que vaya.

"¿Recuerdas cuando intentamos salvar aquel viejo roble junto a la escuela?". Su risa es un hilo musical que teje el aire y me hace un nudo en el corazón.

"Difícil de olvidar". El recuerdo es vívido: nosotros dos, jóvenes y fogosos, encadenados al viejo tronco, creyendo que podíamos cambiar el mundo de árbol en árbol. La corteza era áspera bajo nuestras manos, escarpada y curtida por años de resistir el viento y la lluvia. Nuestros dedos se entrelazaron en torno a los del otro mientras permanecíamos unidos en nuestra causa. "Nos creíamos invencibles".

"Más bien ingenuos", replica ella, pero la suavidad de su mirada me dice que también aprecia ese recuerdo.

La conversación fluye y refluye, una danza de palabras que nos acerca a cada paso. Hablamos de nuestros logros, de nuestros reveses, de la rutina diaria que ha llenado nuestras vidas desde la última vez que hablamos. Pero por debajo del intercambio superficial, hay una corriente subterránea de algo más profundo, una atracción mutua que se niega a ser ignorada.

"Grant, ¿alguna vez piensas en lo que perdimos?" Su pregunta es un guijarro que cae en las tranquilas aguas de nuestro pasado y se extiende hasta tocar todas las grietas ocultas.

"Todos los días", admito, con el corazón al descubierto. "Tu marcha casi me destroza. Mi madre siempre me dijo que lo superaría, pero sigo pensando en ti todo el tiempo".

"Yo también", confiesa, su voz es un susurro que parece resonar a través de los años que hemos pasado separados. "Dejar Wildwood Ridge... dejarte... Era necesario para crecer", dice suavemente, su mano se desliza por la mesa hacia la mía.

"Pero me dolió". Las palabras salen antes de que pueda detenerlas, crudas y reales.

"Más que nada", asiente, sus dedos encuentran por fin los míos y se entrelazan como si estuvieran hechos el uno para el otro.

Presas de la nostalgia, nos sentamos inmersas en las emociones de lo que fue y lo que podría haber sido. El dolor de nuestra ruptura, el vacío que dejó en nuestras vidas, todo está ahora a la vista, ya no es un espectro silencioso sino un puente que nos vuelve a conectar.

"Quizá esta sea nuestra segunda oportunidad", me atrevo a decir con una sonrisa, con el corazón

latiéndome contra las costillas por la esperanza de lo que nos espera.

Su sonrisa es esperanzadora, una promesa susurrada sin palabras. "Tal vez.

Los últimos rayos del día bañan la cafetería con un cálido resplandor ámbar que dibuja patrones en las paredes de ladrillo visto. El café comienza su lenta transformación de un oasis de recuerdos a un recipiente de silenciosas despedidas.

"¿Te gustaría cenar conmigo en The Hidden Table?". pregunto, intentando sonar informal, pero hay un temblor en mis palabras que delata la gravedad de la invitación. "¿Podríamos... seguir poniéndonos al día?".

Sus ojos parpadean con incertidumbre y, por un momento, vuelvo a estar en el instituto, atreviéndome a invitarla al baile en un pasillo lleno de angustia adolescente. "Debería volver a ordenar las cosas de papá", dice mordiéndose el labio. Sus ojos verdes, tan cautivadores como el día en que la conocí, encierran una tormenta de pensamientos no expresados.

Se me encoge el corazón y me pregunto si se me nota en la cara: la decepción, el eco de despedidas pasadas. No puedo evitar pensar en todas las veces que la he dejado escapar, porque no encontraba las palabras adecuadas o el valor para pronunciarlas. Pero esta vez la observo atentamente, buscando alguna señal de la conexión que hemos reavivado hoy.

"Por supuesto", digo, con voz tranquila. "Es importante".

Pero entonces aparece: un destello en sus facciones, tan fugaz que podría habérmelo perdido si no estuviera tan atento a cada una de sus expresiones. Es la misma mirada que ponía cuando estaba a punto de cambiar de opinión sobre algo, una conversación silenciosa que hemos tenido cientos de veces sin decir una palabra.

"En realidad, las cosas de mi padre pueden esperar hasta mañana. La cena me parece estupenda", dice, y el peso se me quita del pecho como la niebla que se disipa bajo el sol de la mañana.

"¿En serio?" No puedo contener la esperanza en mi voz, ni quiero hacerlo.

"De verdad", responde con una suave sonrisa que ilumina el café en penumbra. "Las cajas no se van a ninguna parte".

Nos levantamos y salimos, dejando atrás el santuario de "Bean There". El aire de la montaña es fresco, lleva el aroma del pino y el susurro de las posibilidades. Mientras caminamos hacia la Mesa Oculta, me doy cuenta de que no se trata sólo de revivir el pasado o lo que podría haber sido, sino de lo que podría ser.

Y cuando las primeras estrellas empiezan a pinchar el cielo crepuscular, me invade un sentimiento de esperanza que brilla más que cualquier estrella: esperanza en un amor renovado, en la curación, en un futuro en el que Allison y yo no tengamos que volver a despedirnos.

ALLISON

La Mesa Oculta es un cálido capullo de luz en el fresco aire de la montaña. Me deslizo en el reservado y mi mirada se fija en las velas parpadeantes que salpican las rústicas mesas de madera. Grant me sigue, con su sonrisa familiar que me reconforta.

El paseo desde Bean There fue perfecto. No sabía si había tomado la decisión correcta hasta que Grant empezó a recordar nuestros años de instituto.

Ahora, mientras nos ponemos cómodos, recuerda la feria de ciencias de hace mucho tiempo. "¿Recuerdas cuando pensamos que añadiendo bicarbonato de sodio nuestro volcán sería la estrella del espectáculo? Su risita recorre el íntimo espacio.

"En lugar de eso, la peluca de la señora Harmon casi se convierte en una víctima", me río, y el líquido rubí de mi copa de vino se balancea con mi alegría. El recuerdo es vívido, como si el fiasco de la feria de ciencias hubiera ocurrido ayer en lugar de hace más de una década.

Estar con Grant es como volver a casa después de un largo día. No puedo creer que, después de tanto tiempo, sigamos sintiéndonos tan cómodos el uno con el otro.

"Y ese año éramos la realeza del baile", dice, levantando su copa en un brindis juguetón. "Llegamos pronto a la cima".

Choco mi copa con la suya, con un sonido cristalino y dulce. "Habla por ti, Evans. Yo sólo estoy empezando". Pero por debajo de las bromas, hay un trasfondo de lo que podría haber sido. Una vez estuvimos tan seguros de nuestro futuro.

La expresión de Grant se suaviza; las líneas de su cara son más definidas ahora, hablando de años de experiencia que no he compartido. "¿Te habrías quedado, Ali, si las cosas hubieran sido diferentes?".

La pregunta flota entre nosotros, cargada de implicaciones. Una parte de mí -la parte que dejó esta ciudad en busca de algo más grande- quiere descartarla, pero la verdad es más complicada. La nostalgia nos envuelve, tan tangible como el aroma a pino de las montañas circundantes.

"A veces me pregunto... Mi voz se entrecorta. Me pregunto cómo habrían sido nuestras vidas, entrelazadas y firmes. ¿Sabría igual de dulce la independencia por la que luché?

Él admite: "Yo también", sus ojos reflejan la luz de las velas y algo más: un anhelo que refleja el mío.

Mi corazón late al ritmo de las posibilidades. Es un baile que hemos empezado sin conocer los pasos, que nos lleva por el delicado terreno de los "y si...". Casi puedo ver los caminos alternativos, superpuestos a la realidad de nuestros viajes separados.

"¿Habríamos sido felices?" Musito en voz alta, las palabras impregnadas de una vulnerabilidad que rara vez me permito sentir.

"¿Quién sabe? Pero me gusta pensar que habríamos formado un gran equipo, en cualquier vida". Su sonrisa es suave, reflexiva, y despierta algo en mí.

Una brisa susurra a través de la ventana abierta, llevando consigo el aroma de la tierra y el crecimiento. Es un recordatorio de la fuerza siempre presente de la naturaleza en Wildwood Ridge: el ciclo constante de finales y comienzos. Grant y yo formamos parte de ese ciclo.

"Tal vez esta sea nuestra segunda temporada", digo, dejando que la idea florezca entre los restos de nuestras risas y recuerdos compartidos. Hay miedo al considerar la posibilidad, pero también una emoción innegable. Con Grant frente a mí, siento el pasado lo bastante cerca como para tocarlo, pero el futuro se extiende, atrayente e invisible.

"Me gustaría pensar que sí, Ali. Realmente me gustaría". Su voz es un zumbido bajo, que resuena con el tipo de sinceridad que siempre ha hecho que sea imposible resistirse a él.

Suelto un suspiro que no sabía que estaba conteniendo, y el vino de mi copa capta la tenue luz mientras bebo otro sorbo. Los sabores son complejos, en capas, como las emociones que se arremolinan entre nosotros. Esta noche, el pasado no es una sombra, es un puente, y me encuentro deseando cruzarlo, de la mano del chico que una vez conoció todos mis secretos. Ahora, tal vez, podamos compartir otros nuevos.

Sin previo aviso, Grant me coge la mano. El contacto es eléctrico y me recorre el brazo. Sus dedos se entrelazan con los míos, fuertes pero increíblemente suaves. En ese contacto, siento que los años se desvanecen, dejando al descubierto heridas tiernas y anhelos no apagados.

Nuestras miradas se entrecruzan en una conversación silenciosa en la que no hacen falta las palabras. Es como si volviera al instituto, bajo las gradas, donde se susurraban promesas y se imaginaban futuros. Pero no se trata sólo de nostalgia; es el reconocimiento de algo inacabado, algo que aún arde entre nosotros y se niega a extinguirse con el tiempo o la distancia.

"Ali", se inclina, su aliento cálido contra mi piel, "lo he intentado, pero seguir adelante... no ha sido fácil".

Mi corazón revolotea como un pájaro atrapado en su jaula. ¿Cómo pueden unas simples palabras deshacerme? Sin embargo, lo hacen, deshaciendo todas las puntadas cuidadosamente colocadas que mantenían unida mi determinación. "Grant", empiezo, pero mi voz apenas es un susurro, "yo también lo siento".

La admisión flota en el aire, frágil y potente. Estamos en un precipicio, tambaleándonos entre lo que fue y lo que podría ser. Es aterradora la forma en que mi pasado choca con el presente, amenazando con dar forma a un futuro desconocido.

"A veces", continúa, con el pulgar trazando círculos en el dorso de mi mano, "pienso en lo diferentes que serían las cosas si te hubieras quedado. Si hubiéramos..."

"¿Hubiéramos tomado decisiones diferentes?" Termino por él, con mi pulgar imitando sus movimientos.

"Exacto.

Un recuerdo: nuestros dedos entrelazados en la orilla del lago de Wildwood Ridge, el agua reflejando la miríada de estrellas sobre nosotros, ambos demasiado asustados para sumergirnos en las profundidades desconocidas.

"Las elecciones nos trajeron aquí, ¿verdad? digo, tratando de calmar mi pulso acelerado. Es una pregunta cargada de implicaciones, con el peso de sueños no expresados y deseos silenciados.

En realidad, la muerte de mi padre me trajo aquí, pero incluso eso fue una elección. Una de muchas en una larga cadena de decisiones que condujeron a este momento.

"Tal vez lo hicieron". Su mirada nunca vacila, y en esas profundidades, veo el reflejo de mis propias esperanzas.

Nos quedamos así, con las manos entrelazadas, las almas desnudas, mientras el resto del mundo se desvanece en la periferia. En ese momento, sólo estamos Grant y yo: el chico que una vez cautivó mi corazón y el hombre que quizá nunca lo libere del todo.

La cena termina una hora más tarde. Tras el íntimo momento de anhelo que compartimos antes de que llegara el camarero, nos acomodamos en un ritmo de conversación que se prolonga durante el aperitivo y el plato principal.

He salido con varios hombres desde que dejé Wildwood Ridge, pero nunca me había sentido tan cómoda como con Grant esta noche. Lo echaba de menos, más de lo que nunca supe. Tuve que volver a la montaña para darme cuenta de que nunca lo había superado, no realmente.

Al levantarnos de la mesa, la mano de Grant abandona la mía por un momento. La frialdad que sustituye a su calidez me hace añorarlo a pesar de que sólo está a unos metros de distancia. "¿Vamos?" Pregunta, ofreciendo su mano una vez más.

Con la promesa de que la noche aún no ha terminado, entrelazo mis dedos con los suyos y dejo que me guíe hacia la salida.

"¿Recuerdas cuando pensábamos que este lugar era mágico?" Digo, con la voz entrecortada por el silencio de Wildwood Ridge. Las calles están vacías, las tiendas cerradas y las familias acurrucadas en sus casas para disfrutar de otra tranquila velada.

"Mágico o no", responde él, mientras sigue con la mirada el baile de constelaciones que hay sobre nosotros, "siempre he encontrado algo especial aquí. Especialmente esta noche".

Me vuelvo hacia él, sintiendo que una chispa audaz se enciende dentro de mí. Mi corazón palpita contra mi caja torácica, cada latido es un redoble de tambor para la audacia que sube por mi garganta.

"Grant", empiezo, conteniendo la respiración mientras lo miro a los ojos, "¿te gustaría... continuar este paseo por el carril de los recuerdos? ¿En mi casa?"

Hay una larga pausa. Me mira a la cara como si buscara la verdad detrás de mi invitación, sopesando su gravedad. Su vacilación es palpable, un diálogo silencioso entre la cautela y el deseo.

"¿Estás segura?", pregunta, y su voz revela una vulnerabilidad que no había visto antes.

"Más que nunca", respondo, sorprendida por la seguridad de mis propias palabras. Es como si todos los caminos hubieran conducido a este momento, todas las decisiones que he tomado me han llevado hasta él.

"Entonces, sí", dice, y su afirmación me produce una oleada de alivio y excitación. "Sí, me gustaría".

Nuestras manos vuelven a encontrarse, los dedos se entrelazan con un propósito. Mientras caminamos, nos invaden los recuerdos: los días de verano junto al lago, la emoción de los besos robados al amparo de la oscuridad, la agridulce despedida en la encrucijada de nuestros futuros. Cada recuerdo es un tierno moratón en mi alma, coloreado con lo que se perdió y lo que podría recuperarse.

El frío de la noche nos envuelve, pero su tacto es una tea contra el frío. Nuestras manos entrelazadas son un puente a través de los años que pasamos separados, una promesa silenciosa de explorar las posibilidades que el tiempo ha mantenido a raya.

"Esta noche parece el principio, ¿verdad? susurro, más para mí misma que para él.

"Sí", asiente, y su pulgar acaricia mi piel de una forma que habla más alto que las palabras.

Grant me lleva a casa. En la radio suena una vieja canción de Kenny Chesney mientras me pregunta si me sentiría más cómoda en su casa. "Ya sabes", se sonroja, "si estar cerca de todas las cosas de tu padre es demasiado".

Mi casa no está lejos del centro de Wildwood Ridge y, a medida que nos acercamos, el suave resplandor de las ventanas nos da la bienvenida. Este umbral, como tantos otros que hemos cruzado esta noche, encierra el potencial de nuevos recuerdos, de segundas oportunidades. A cada paso que nos acercamos, siento la potente mezcla de pasado y presente entretejiéndose en el tejido de un futuro que ninguno de los dos se atrevía a soñar hasta ahora.

"Mi casa está bien". Hemos compartido tantos recuerdos entre estas paredes. "Veamos adónde nos lleva esto", digo, con voz firme a pesar del torbellino que llevo dentro.

"Veamos", repite él, y la esperanza en sus ojos refleja la mía.

GRANT

Guío a Allison por el sendero por el que una vez corrimos de niños, una estrecha cinta de grava que serpentea entre los altos pinos de Wildwood Ridge. Hay un ritmo en nuestras pisadas, una danza sincopada de botas contra la piedra y la tierra que tira de las cuerdas de mi memoria. El aire está teñido de pino, frío y fresco, y juraría que está impregnado de algo más potente que el oxígeno, algo que acelera mi pulso y despierta un calor en mi interior.

"¿Recuerdas cuando creíamos que este bosque estaba encantado? La voz de Allison es suave pero clara, transportada por la brisa de la montaña.

"Claro que sí. Éramos aventureros, conquistadores de reinos", le respondo, sonriendo al recordarlo. "Parece que fue hace toda una vida".

A cada paso, resurgen los ecos de risas y promesas susurradas, y no puedo evitar sentir tanto el consuelo de lo que fue como el dolor de lo que podría haber sido.

"Ahora todo parece tan pequeño... pero tan vasto", reflexiona, mientras contempla la extensión de los árboles y el cielo.

"La perspectiva lo cambia todo", le digo, aunque no me refiero sólo al paisaje.

En el umbral de la casa de su infancia, Allison se detiene y acaricia con las yemas de los dedos el pomo de la puerta, desgastado y familiar. Es como si el tiempo se hubiera diluido aquí, la barrera entre el antes y el ahora reducida al velo de la memoria. El sonido de nuestro pasado común parece retumbar tras la puerta, una sinfonía de alegría y tristeza.

"¿Estás bien? le pregunto, apoyando la mano en su hombro, sintiendo la tensión anudada bajo mi palma.

"Más que bien", responde, aunque su voz vacila ligeramente. "Es sólo... abrumador. No es que tu presencia aquí sea abrumadora", Allison empieza a hablar más rápido. "Sólo que la última vez que estuvimos aquí juntos de verdad, nuestras vidas eran totalmente diferentes. Y no sé por qué estoy nerviosa, pero estoy nerviosa". Termina con una risa ansiosa.

"Tómate todo el tiempo que necesites. Yo estoy aquí", le aseguro, y lo digo en más de un sentido.

"Grant..." Su voz se entrecorta y se inclina hacia mí, su lenguaje corporal confiesa cosas que no ha dicho. "Gracias por estar aquí.

"Siempre. Las palabras se escapan, cargadas de emoción y verdad. "No hay lugar en el que prefiera estar".

Cuando gira el pomo y empuja la puerta, una ráfaga fantasmal de calor nos envuelve como una vieja manta. La siento estremecerse, aunque no estoy seguro de si es por el aire fresco de la montaña o por la oleada de recuerdos que inundan la puerta abierta.

"Entremos", sugiero, apretando suavemente su hombro. "Juntos.

Cruzamos el umbral, uno al lado del otro, y el pasado nos saluda con los brazos abiertos. Y cuando la puerta se cierra tras nosotros, encerrándonos en este íntimo capullo de historia y añoranza, me doy cuenta de que no se trata sólo de una vuelta a casa, sino de un nuevo comienzo. Una segunda oportunidad.

La puerta de la habitación de la infancia de Allison cruje al abrirse por el viento que entra a toda velocidad por la puerta principal, y nos recibe un amarillo descolorido que una vez brilló como el sol. Cierro la puerta tras de mí y la sigo. Camina hacia su habitación con decisión.

El aire huele a polvo y a recuerdos, y veo cómo sus ojos bailan sobre cada pequeño recuerdo de su pasado.

"Es como retroceder en el tiempo".

"Tus cintas mezcladas", le digo, cogiendo una de la pila que hay en su cómoda. Está etiquetada con su letra garabateada: "Summer Jams '08". Se me dibuja una sonrisa en los labios. "¿Recuerdas cuando pensábamos que algún día valdrían algo?".

Allison se ríe, un sonido que me recorre por dentro. "Éramos unas soñadoras.

"Todavía lo somos", murmuro, encontrándome con su mirada. El aire entre nosotros se siente cargado, vivo con viejas chispas que se niegan a morir.

Sus dedos rozan los lomos de los libros alineados como soldados en una estantería. Cada título es una marca de los días en que sólo teníamos tiempo y al otro. Saca uno, con las páginas gastadas por las innumerables lecturas, y nuestras manos se tocan. Mi corazón tartamudea al contacto, familiar pero nuevo.

"Mira", dice, levantando el libro para mostrar un pasaje marcado con una esquina doblada. "Este es el que te leí en voz alta aquella noche en el columpio del porche".

"Bajo las estrellas", añado, recordando el sonido de su voz mezclándose con el coro de grillos. "Creo que ese fue el momento en que supe que nunca te olvidaría".

"Grant..." Su voz se entrecorta, y hay una suavidad en sus ojos que me hace sentir expuesto y protegido a la vez.

Cojo otro libro y lo abro por una página cualquiera. "Y te dormiste mientras te leía este". Me invade el recuerdo de su cabeza apoyada en mi hombro, su respiración profunda y uniforme.

"Porque me sentía segura contigo", admite, y se me aprieta el pecho.

Nos sentamos en el borde de su cama, el colchón gime bajo nuestro peso como si protestara por los años transcurridos. Encima de nosotros, las paredes son un collage de lo que solíamos ser:

carteles de grupos de música que jurábamos que cambiarían el mundo, pegatinas que una vez fueron una promesa de eternidad.

"¿Recuerdas nuestra primera vez?" Su pregunta es suave, casi vacilante, y me giro para mirarla.

"¿Aquí?" pregunto, aunque sé exactamente a qué se refiere. Se me acelera el pulso.

Ella asiente. "Ha sido... incómodo".

"Emocionante", la corrijo, y los dos nos reímos. "Estábamos muy nerviosos.

"Creía que se me iba a salir el corazón del pecho", confiesa, y estiro la mano para pasarle un mechón de pelo castaño por detrás de la oreja.

"Yo también", digo, dejando que mis dedos rocen su piel.

La habitación parece encogerse y la distancia que nos separa se llena de corriente eléctrica. Mi pulgar roza su mandíbula y me transporto a aquellos febriles momentos de descubrimiento hace más de una década.

"Todo cambió después de aquella noche", susurra, inclinándose hacia mí.

"Cambió para mejor", afirmo, con voz firme aunque me tiemblen las entrañas.

Su mano encuentra la mía y nos entrelazamos, los hilos de nuestro pasado tejiendo un complejo tapiz. Hay un magnetismo aquí, en el lugar donde comenzó nuestro viaje, que nos une con la promesa de lo que podría ser.

"Grant", me dice, con la voz cargada de algo no expresado, "¿alguna vez piensas en lo diferentes que podrían haber sido las cosas?".

"Todos los días", admito, trazando círculos en el dorso de su mano. "Pero ahora estamos aquí, Allison. Eso es lo que importa".

El resplandor de los adhesivos en forma de estrella proyecta una luz celestial sobre nosotros, y no puedo evitar sentir que tal vez, sólo tal vez, el universo se ha alineado para este momento exacto. Para nosotros.

"Estar contigo otra vez", empieza, y luego se detiene. Sus ojos verdes miran los míos, buscando seguridad, esperanza.

"Es como volver a casa", termino por ella, y es verdad. Con Allison, estoy en casa.

"Shh," susurro, trazando la línea de su mandíbula, sintiendo su pulso acelerarse bajo mi tacto. "Déjame... mirarte".

Se inclina hacia mí, esos ojos esmeralda que sostienen los míos, y en esa mirada hay toda una conversación: preguntas y respuestas, miedos y garantías, todo arremolinándose en silenciosa comunión. Se me hincha el corazón, a punto de estallar por la intensidad de la emoción.

"¿Recuerdas cuando hablábamos de viajar por el mundo?", murmura, con su aliento cálido en mis labios.

"Cada estrella era un sueño que teníamos", respondo, cada palabra impregnada del sabor de la

nostalgia. "Pero ahora mismo, tú eres cada sueño hecho realidad".

Nuestros labios se encuentran y es como la primera gota de lluvia después de una sequía abrasadora. La dulzura de su boca es un recuerdo renacido, una conexión reavivada que despierta sensaciones dormidas durante demasiado tiempo. La beso más profundamente, el hambre de ella eclipsa todo lo demás, nuestro pasado se funde con el presente.

"Dios, Allison", gimo contra sus labios, "he echado de menos esto... te he echado de menos".

"Yo también", respira ella, sus manos encuentran el camino hacia mi pelo, tirando de mí más cerca.

En esta habitación, donde nos descubrimos hace años, volvemos a descubrirnos desnudándonos. Empiezo por los botones de su blusa, cada uno de los cuales se va soltando, revelando más de la mujer cuya ausencia me marcó indeleblemente. Ella me ayuda con sus ágiles dedos en la camisa, y su tacto enciende estelas de fuego a lo largo de mi piel.

"Cada pieza", dice suavemente, con sus ojos clavados en los míos mientras me quito la camisa, "es como dejar atrás los 'y si...', ¿no?".

"Dejar ir, o tal vez... reclamar lo que debería haber sido nuestro todo el tiempo". Mi voz está cargada de emoción mientras la ayudo a quitarse la blusa de los hombros y la tela cae al suelo.

Sus manos tiemblan ligeramente al desabrocharme el cinturón, pero hay convicción en sus movimientos, una determinación que refleja la mía. Nos deshacemos de nuestro pasado capa a capa, sin precipitarnos a pesar de la urgencia que nos recorre: la necesidad de volver a aprender el uno del otro, de explorar tanto los territorios familiares como los desconocidos de nuestros cuerpos y corazones.

A medida que caen las últimas barreras, dejándonos vulnerables y expuestos, me impresiona la cruda belleza de este momento. Aquí, entre los recuerdos de nuestra juventud y bajo el fantasmal resplandor de las estrellas, estamos dispuestos a forjar nuevos recuerdos, a curar viejas heridas con el bálsamo de nuestra pasión.

"Grant", me susurra, acariciándome la cara, "hagamos que esta noche sea nuestra".

"Siempre", juro, sabiendo que esta vez nada nos separará.

ALLISON

Mi piel se estremece bajo el tacto de Grant cuando sus dedos trazan las líneas familiares de mi cuerpo, un mapa que una vez conoció de memoria. Sus delicados besos caen como los primeros copos de nieve de los primeros inviernos de Wildwood Ridge: suaves, amables y llenos de promesas. "Te he echado de menos", susurro en el aire cargado, con la voz impregnada de vulnerabilidad.

"Yo también te he echado de menos. Todos los días, Allison", respira contra mi cuello y me pone la piel de gallina. "Todos los días.

Sus manos son una melodía que recorre mi carne, tocando cada acorde de anhelo y deseo que ha ido creciendo silenciosamente entre nosotros desde que nuestras miradas se volvieron a cruzar en esta pequeña ciudad hace tantos años. Mientras explora, cada caricia es una palabra no dicha, un recuerdo revivido. El calor de su boca recorre todo mi torso, encendiendo fuegos en lugares que se habían enfriado desde que se marchó de mi vida.

"Grant..." Mi espalda se arquea mientras él desciende besándome hasta el centro de mi placer. Es una intimidad tan cruda, tan reveladora, que me siento como en casa. Me separa con reverencia, su lengua escribe sonetos en mis sensibles pliegues mientras enredo los dedos en su pelo, anclándome en el aquí y ahora.

"Ah, Dios... Sí..." Mi voz se quiebra en la cresta de las olas del éxtasis, la creciente presión en la boca de mi estómago es un testimonio de su hábil devoción.

Sus manos recorren mi vientre mientras arrastra su lengua sin descanso sobre mi clítoris. Su barba roza mi carne sensible, provocándome escalofríos.

Gimo suavemente al ritmo de los movimientos de su lengua y rodeo su cabeza con las piernas. Él lo toma como una invitación para meterme dos dedos y abrirme lentamente.

Jadeo ante la sensación, sintiéndome llena y deseando más al mismo tiempo. La cama gime bajo nosotros mientras le clavo las uñas en los hombros. Grant mueve los dedos con una cadencia más rápida, como si leyera el ritmo de mi respiración para darme lo que necesito.

"Grant... Continúa provocando y tanteando mi manojo de nervios, disfrutando de la sensación de retorcerme bajo él.

De repente, siento una espiral que me aprieta en la boca del estómago. El placer corre por mis venas cuando sus dedos golpean mi punto G con una precisión infalible. Su boca sigue

succionando y lamiendo mi clítoris, acercándome al límite. Y, de repente, la liberación me invade en un clímax estremecedor que me deja sin aliento y sudorosa.

Grant se desplaza con cuidado por encima de mí, nuestras miradas fijas en una conversación silenciosa sobre lo que somos y lo que podríamos ser. Sus ojos, tan azules y profundos, guardan historias de los años que pasamos separados, pero también brillan con la esperanza de un futuro que podríamos recuperar.

Cuando invade mi interior, la ardiente intimidad arde salvajemente, consumiendo mi propia esencia. "Te siento", susurro, mi voz apenas un suspiro ronco. "Cada centímetro de ti".

La respuesta de Grant es una cruda promesa, sus rítmicas embestidas una apasionada declaración, reclamando de nuevo lo más profundo de mí.

Cada poderoso empujón es una súplica carnal de perdón, cada gemido lujurioso una nota explícita en nuestra sinfonía de redención. Entrelazamos nuestros cuerpos, encontrando un ritmo embriagador que sólo nos pertenece a nosotros, una cadencia sensual que late con la promesa de segundas oportunidades y traviesos comienzos. Mi corazón palpita al compás de nuestra cruda unión, como si supiera que éste es el lugar pecaminosamente dulce al que está destinado.

Nuestras miradas hambrientas se cruzan, los cuerpos magnetizados por una química innegable. Es todo músculo y deseo, cada tendón flexionado como testimonio de su necesidad primaria de mí.

Recorro sus bíceps con las yemas de los dedos, acariciando las colinas y los valles de su cuerpo. Grant me agarra por el culo y me penetra una y otra vez con pasión empapada de lujuria, dejándonos a los dos jadeando.

El mundo fuera de la ventana se desvanece en un borrón de sombras iluminadas por la luna mientras Grant y yo encontramos nuestro ritmo.

"Grant", susurro su nombre como un conjuro sagrado, con la voz cargada del peso de cada momento que hemos perdido y vuelto a encontrar.

"Allison", susurra él, y cada sílaba es una caricia contra mi corazón mientras sus manos me recorren. Su tacto es a la vez familiar y emocionantemente nuevo, redescubriendo territorios antes trazados pero nunca olvidados.

Nuestros cuerpos se mueven con una urgencia compartida, un reconocimiento silencioso del tiempo que hemos pasado separados. Es un crescendo de piel sobre piel, un ballet íntimo que nos impulsa hacia el límite de la razón. El telón de fondo montañoso parece hacerse eco de nuestra pasión, su belleza indómita resuena con nuestro propio abandono salvaje.

"Mírame", me insta Grant con suavidad, y levanto la mirada para encontrarme con la suya. En sus ojos veo el reflejo de mi propia alma: una mezcla de vulnerabilidad y fuerza. Me ve, me ve de verdad, más allá de la fachada que presento al resto del mundo.

"Acuérdate de nosotros", me dice, y no es una orden, sino una súplica a la que respondo con todo mi ser. Recuerdo la inocencia del primer amor, el escozor del adiós y la casualidad de esta segunda oportunidad.

"Sí", respondo, mi voz es un susurro en la sinfonía de nuestra unión.

Cuando alcanzamos la cima de nuestro deseo, el clímax nos inunda como una lluvia purificadora. Es potente y puro, y nos deja entrelazados sin aliento, una maraña de miembros y anhelos satisfechos.

En la quietud que sigue, me quedo tumbada, envuelta en el calor del abrazo de Grant. Los ecos de nuestro placer perduran en la habitación, un soneto sensual que sigue sonando suavemente de fondo.

Cierro los ojos y pienso en todas las decisiones que me han llevado hasta aquí: este hombre, esta ciudad, la curación de viejas heridas. Pienso en las ambiciones que me alejaron de Wildwood Ridge, en la búsqueda incesante del éxito, en el dolor de perder a mi padre. Y ahora, tumbada junto al hombre que ha sido el guardián silencioso de los recuerdos de mi corazón, me asaltan las corrientes impredecibles de la vida.

"Gracias, Grant", murmuro en la oscuridad, mi gratitud por esta noche, por su paciencia, por el perdón que nos hemos concedido, derramándose sin freno.

"¿Por qué? Su voz es suave, un suave rumor que vibra contra mi piel.

"Por esperar. Por creer. Por esta noche". Mis palabras son un susurro, cargadas con el peso de mis emociones.

"Siempre", me promete, una promesa que no se limita a esta noche, sino que se extiende a los días y los años venideros.

Mientras mi mente recorre el tapiz de mi pasado, me doy cuenta de que Grant ha vuelto a encender en mí algo que creía perdido para siempre: la brasa del amor que arde con fuerza, sin que el tiempo ni la distancia la apaguen. Mi viaje, lleno de pruebas y triunfos, me ha llevado de vuelta a él, de vuelta a casa.

Y en el tranquilo santuario de los brazos de Grant, bajo la vasta extensión del cielo tachonado de estrellas, comprendo que a veces la mayor fuerza reside en rendirse a la atracción del corazón, una lección aprendida entre las montañas de Wildwood Ridge.

ALLISON

El sol de la mañana se cuela por las persianas entreabiertas, desplegando sus zarcillos de luz por el dormitorio de mi infancia. Las tonalidades doradas bailan sobre los descoloridos tapices de bailarina y me despierto lentamente, saboreando el residuo de ensueño de la intimidad de anoche con Grant. El sabor de su beso perdura en mis labios como la miel más dulce y suelto un suave suspiro de placer.

Estoy acurrucada en la vieja cama de dos plazas que conoce todos mis secretos, con sus sábanas de algodón familiares pero descoloridas, testimonio de años pasados. Me estiro lánguidamente, sintiendo que cada fibra de mi ser aún zumba por el tacto de Grant. Mi mano se desliza hasta el borde del colchón y los dedos recorren la tela desgastada de Binky, el osito de peluche de mi infancia. Su único ojo pende de un hilo, pero sigue siendo mi confidente silencioso.

"¿Recuerdas cuando la vida eran solo rodillas despellejadas y sueños con ojos de estrella, Binky?", le murmuro al oso andrajoso. La habitación está en silencio, salvo por el suave susurro de las hojas que crujen junto a mi ventana.

Reflexiono sobre los acontecimientos inesperados -la llamada desesperada del vecino de mi padre diciendo que había sufrido un infarto- que me trajeron de vuelta a Wildwood Ridge, un lugar que había guardado junto con Binky y mis zapatillas de ballet.

"¿Alguna vez imaginé que volvería aquí?". Mis pensamientos son una maraña mientras intento reconciliar a la mujer ambiciosa en la que me he convertido con la chica que una vez creyó que este pequeño pueblo era todo su universo. Considero el impacto de mi regreso, no sólo la curación tras el fallecimiento de papá, sino lo que significa para mí... para nosotros...

"Grant", exhalo, el nombre agita un caleidoscopio de emociones en mi interior. Es el mismo, pero diferente: más rudo, más serio. Por la forma en que me miró anoche, era como si volviéramos a ser adolescentes, compartiendo momentos bajo el abrigo de los pinos.

Respiro hondo, cada inhalación aporta claridad, cada exhalación libera el pasado. Hay una sensación de esperanza brotando dentro de mí, frágil pero decidida, como las primeras flores de primavera abriéndose paso a través de la tierra que se descongela en el exterior.

"Wildwood Ridge", digo, dejando que las palabras floten en el aire, impregnadas de nostalgia y posibilidad. Aquí, entre las montañas y los recuerdos, tal vez Grant y yo podamos desenterrar los restos de un amor que nunca se desvaneció del todo.

"¿Es una tontería creer que podemos curarnos?". Le pregunto a la habitación vacía, aunque en realidad me lo estoy preguntando a mí misma. Pero no hay respuesta, sólo el cálido abrazo del sol de la mañana que me empuja hacia el día que me espera, un día que podría marcar el comienzo de todo.

El crujido de la vieja puerta de madera me saca de mi ensueño y veo cómo la luz de la mañana se derrama alrededor de la silueta de Grant. Entra en la habitación y su presencia envuelve el espacio como una melodía olvidada hace tiempo, pero que de algún modo se ha grabado en el alma.

"Buenos días", dice, cada sílaba teñida de una esperanza tan brillante que rivaliza con la caricia del sol en los tapices de mi infancia. Camina por la habitación, cada paso deliberado, acortando la distancia entre nosotros. "Allison, he estado pensando", empieza, sus palabras no sólo se pronuncian sino que se sienten, una vibración en el aire que resuena en lo más profundo de mí. "Sobre nosotros, sobre todos esos años que perdimos... Creo en las segundas oportunidades".

Me siento, metiendo las piernas debajo de la colcha que cosió la abuela, cuyos hilos guardan décadas de secretos susurrados y deseos silenciosos. El optimismo de Grant se despliega en la habitación, envolviendo mi corazón resguardado con una calidez que se siente a la vez aterradora y reconfortante.

"¿De verdad podemos empezar de nuevo?" pregunto, con el escepticismo de mi voz suavizado por el anhelo de mis ojos.

Extiende la mano y vacila un instante -una eternidad en un segundo- antes de encontrar la mía. Su tacto es familiar, enraizante, como el suave zumbido de los grillos que solían cantarnos durante aquellos interminables veranos en la montaña. Es un contacto que habla de perdón, de curación, y no puedo evitar aferrarme a él como a un salvavidas.

"Mírame, Allison". Su voz es suave, persuasiva.

Levanto la mirada y dejo que pase de los tonos dorados del sol a la profundidad de sus ojos azules. Son océanos de sinceridad, y el amor me invade en oleadas. Me ahogo en la cruda emoción que parpadea en ellos: un caleidoscopio de deseo, arrepentimiento y afecto inquebrantable.

"Grant..." Susurro su nombre como una plegaria, o quizá como una maldición. El peso de nuestro pasado, la profundidad de nuestra conexión... todo es demasiado e insuficiente al mismo tiempo.

"No somos las mismas personas que éramos -continúa, mientras su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano y me recorre la piel. "Pero creo que eso es bueno. Hemos crecido, aprendido... Seguro que eso cuenta".

"¿No te asusta?". Mi voz se quiebra de vulnerabilidad. "¿La posibilidad de que repitamos los mismos errores?" Que pueda repetir los mismos errores... que pueda volver a dejarle.

"Me aterra", admite sin vacilar. "Pero lo que más me asusta es no saber nunca lo que podría haber sido si no lo intentamos. Te he amado toda mi vida, Allison".

Hay una honestidad en las palabras de Grant que despoja las capas de dolor y duda que me han envuelto durante años.

"Ally", empieza, su voz es un suave rumor que reverbera en el silencio, despertando viejos anhelos en mi pecho. "Tengo que preguntarte: ¿considerarías darnos otra oportunidad? ¿Aquí, en Wildwood Ridge?"

Las palabras quedan suspendidas en el aire bañado por el sol, con motas de polvo arremolinándose a su alrededor como diminutos planetas orbitando alrededor de un sol recién descubierto. Cada sílaba está cargada de una esperanza demasiado frágil, de un miedo que amenaza con romperla y de un anhelo tan intenso que podría abrirme un abismo en el corazón.

Respiro entrecortadamente, buscando el valor que a él parece venirle con tanta facilidad. Mi mente se tambalea al borde del precipicio entre el pasado y el presente, y los recuerdos caen en cascada. La feria del pueblo, donde las risas bailaban con la brisa; los bosques, donde el aroma terroso del pino llenaba nuestros pulmones mientras recorríamos senderos desgastados por nuestras propias pisadas; y aquellos besos clandestinos a la luz de las estrellas que sabían a promesa y a libertad salvaje.

"Grant, yo..." Mi voz vacila, atrapada en la espesura de la emoción. Viejas cicatrices pican con la posibilidad de sanar, de reescribir finales en comienzos. "Tengo miedo", confieso, y la vulnerabilidad de mi confesión estrecha aún más el espacio que nos separa.

"Yo también", dice, y su pulgar traza círculos en el dorso de mi mano. "Pero si dejamos que el miedo decida por nosotros, nunca sabremos lo que podríamos haber tenido".

Su tacto es un ancla en el tumultuoso mar de mis pensamientos. Lo miro, lo miro de verdad, y veo no sólo al chico que una vez amé, sino al hombre que tengo delante, dispuesto a levantarse entre los escombros de nuestro pasado y construir algo nuevo.

"Wildwood Ridge", murmuro, haciendo rodar las palabras en mi boca como un buen vino. Es más que un lugar: es el lugar donde la risa de mi padre aún resuena en el viento, donde cada rincón guarda una historia, donde el amor de Grant, antaño tierno y vacilante, ha echado raíces que esperan ser desenterradas.

"Wildwood Ridge", repite Grant, con sus ojos azules reflejando la seriedad del cielo exterior.

Y en esos ojos encuentro el mapa de un tesoro que no sabía que estaba buscando. El hogar no es sólo donde pones la cabeza, es donde anclas tu corazón. Y el mío... el mío está atado a esta ciudad, a los recuerdos, al hombre cuyas manos están encallecidas por aferrarse a la esperanza.

"Corramos el riesgo", susurro, y la decisión me invade como la primera nevada: silenciosa, transformadora, inevitable.

Nuestros dedos se entrelazan, un voto silencioso fundido en carne y hueso. La sonrisa de Grant es un amanecer que promete calor después de la noche más larga, y yo me deleito en su resplandor, sintiendo el deshielo de un invierno que pasé lejos de aquí, de él.

"Entonces es un nuevo comienzo", dice, acercándome hasta que nuestras frentes se tocan, compartiendo el aliento, compartiendo esta franja de tiempo que parece interminable. El latido de su corazón contra mi pecho es firme y seguro, un tambor que me llama a la vida.

"Hagámoslo bien esta vez", digo contra su cuello, inhalando el aroma a pino y tierra que se adhiere a él, la esencia misma de Wildwood Ridge.

"Hagamos nuevos recuerdos", me susurra, con su aliento cálido en mi piel. "Juntos.

Nuestro abrazo se hace más profundo, sus manos recorren los contornos de mi espalda como si memorizara de nuevo el mapa de mi cuerpo. En su tacto, hay curación; en su beso, redención. Y en sus ojos, veo nuestra historia compartida y los capítulos no escritos de nuestra historia que se extienden ante nosotros, llenos de esperanza, perdón y segundas oportunidades.

SAN VALENTÍN CON UN LEÑADOR

LIAM

La carretera se enrosca en Wildwood Ridge como un abrazo de amor, y me golpea el tipo de vista que te hace creer en algo más grande. Los picos nevados se elevan sobre la pequeña ciudad, con sus puntas dentadas cortando el suave lienzo azul del cielo.

Se me acelera el pulso; por eso hago lo que hago. Quitar la tapa del objetivo de mi cámara es como despojarse de una capa de piel: aquí es donde soy más yo mismo.

"A Nature's Lens le va a encantar esto", murmuro para mis adentros, mientras encuadro tomas en mi mente. Hay una danza indómita de luces y sombras en la ladera de la montaña, un caos de belleza que espera ser domado por mi cámara.

Al salir del coche en Cedar Lodge, el aire huele a pinos y a invierno, limpio y vigorizante. Es como si la brisa de la montaña me atravesara, llevándose consigo el desorden de la vida urbana y dejando sólo al artista, listo para capturar el espíritu salvaje de este lugar.

"Mira qué luz", digo a nadie en particular, observando cómo el sol coquetea con las vigas de madera de la cabaña.

Me echo la mochila al hombro, sintiendo su peso familiar. Siempre he creído que el destino tiene una curiosa forma de llevarte exactamente donde tienes que estar. Este trabajo, esta ciudad... es exactamente donde necesito estar ahora.

"Veamos qué aventuras me tienes reservadas, Wildwood Ridge", susurro con una sonrisa, empujando las puertas para abrirlas.

El vestíbulo perfumado de pinos me envuelve como una bufanda cálida cuando entro en el Cedar Lodge, el aroma se mezcla con el dulce sabor de la sidra de manzana que hierve a fuego lento en algún lugar fuera de la vista. El encanto rústico de este lugar es tangible.

Bienvenida al Cedar Lodge", me saluda en recepción una mujer con la etiqueta "Iris". Su voz resuena suavemente en el espacioso vestíbulo.

"Gracias", respondo, inhalando profundamente, dejando que los aromas hogareños me tranquilicen después del largo viaje. "Soy Liam Thompson. Tengo una reserva para los próximos tres días".

"Ah, Sr. Thompson", dice ella, golpeando el teclado. "Nature's Lens, ¿verdad? Estamos encantados de tenerle con nosotros". Sus dedos bailan sobre las teclas antes de detenerse

bruscamente. "Vaya", se ríe inquieta, "parece que ha habido un error".

Un nudo de preocupación me aprieta el estómago, aunque intento mantener un tono ligero. "¿Un error?"

"Sí", balbucea Iris, mordiéndose el labio mientras vuelve a comprobar los documentos. "Parece que su habitación ha sido... reservada dos veces".

"¿Doble reserva?" La palabra se interpone entre nosotros como un huésped no deseado. Mi mente se acelera, pensando en volver a la fría noche para encontrar otro lugar donde quedarme.

"Desgraciadamente, sí", confirma, y su mirada de disculpa se cruza con la mía. "Estamos completos este fin de semana por el festival de San Valentín. Es una confusión con el sistema en línea, supongo. Estas máquinas", suspira, golpeando el ordenador con una sonrisa forzada, "se supone que tienen que hacer la vida más fácil".

"¿Hay algo que podamos hacer? pregunto, con el peso de la bolsa de la cámara de repente más pronunciado sobre mi hombro. "No estoy segura de adónde más podría ir con tan poca antelación".

"Déjame pensar..." Iris se queda pensativa y frunce las cejas. Levanta la vista, con los ojos abiertos por la revelación. "En realidad, hay una opción. No es lo ideal, y tendríamos que contar con la aprobación del otro huésped reservado contigo. Podrías compartir la habitación -de hecho, es una de nuestras mejores suites- con el huésped".

"¿Compartir? Me hago eco, el concepto extraño pero de alguna manera no del todo poco atractivo dada la alternativa de una noche sin refugio.

"Sí, es bastante espaciosa, y tiene un sofá muy agradable si no quieres, ya sabes, compartir la cama", añade rápidamente, como para amortiguar el golpe.

Me da un vuelco el corazón ante la perspectiva de un compañero de piso inesperado. Al destino siempre le ha gustado jugar conmigo, lanzándome a lo desconocido con una sonrisa traviesa.

"Vale", cedo, la curiosidad se impone a mis dudas. "Lo acepto".

"¡Maravilloso!" exclama Iris, con alivio en el rostro. "Estoy segura de que la señora Anderson también estará de acuerdo. Es profesora aquí en la montaña, pero baja para el festival. Todo el mundo la adora y es muy fácil llevarse bien con ella".

Debería haber hecho más preguntas antes de aceptar compartir la habitación. ¿Tiene la Sra. Anderson 60 años? ¿Es el tipo de persona que quiere irse a la cama a las 8 de la tarde? Puede que me haya equivocado, pero ya es demasiado tarde.

"Le mostraré su habitación y podrá instalarse. La Sra. Anderson no tardará en llegar".

"Gracias, Iris", le digo mientras me entrega una llave con un número de latón colgando. "Este viaje ya está resultando más interesante de lo que pensaba".

"Wildwood Ridge sabe hacer que las cosas sean memorables", responde con una sonrisa cómplice.

MIA

La carretera se despliega bajo mis pies, guiándome hacia abajo con cada curva. Siento que cada músculo de mi cuerpo se desenrolla a la vez que desciende la carretera, un eco físico de la liberación mental que estoy experimentando. He dejado atrás un aula salpicada de carteles de colores y pupitres cargados de promesas de crecimiento, un aula que ha sido mi mundo durante lo que parece una eternidad.

"Por fin", me susurro, exhalando profundamente cuando la última curva deja a la vista el Cedar Lodge. Se alza entre los pinos cubiertos de nieve. Con el corazón agitado por una mezcla de cansancio y dulce expectación, salgo del coche y siento que se me quita de encima el peso de los planes de clase y los trabajos corregidos. El Día de San Valentín, una festividad reservada normalmente a los enamorados, es este año sólo para mí, un testamento al amor propio y al consuelo de la soledad.

El vestíbulo del Cedar Lodge me recibe con su encanto rústico, el resplandor dorado de la chimenea proyecta sombras danzantes sobre los paneles de madera. Apenas tengo tiempo de absorber el acogedor ambiente cuando Iris Mitchell se me acerca.

"Bienvenida, Mia", exclama. Su sonrisa es la primera conexión genuina que he sentido en todo el día.

"Gracias, Iris. Este lugar es justo lo que necesitaba este fin de semana", respondo, devolviéndole la sonrisa con una propia.

"Ha habido un pequeño contratiempo con tu reserva". Su tono es ligero, pero me revuelve el estómago. "La tecnología", se ríe suavemente, como si compartiera una broma privada con el universo. "A veces tiene mente propia. Pero no te preocupes, ya he encontrado una solución. Sígueme", dice Iris, haciéndome una seña con la mano.

Mis pies se mueven, pero mi mente sigue dando vueltas a un sinfín de posibilidades, ninguna de ellas especialmente tranquilizadora.

Mientras caminamos, dejo que el calor de la chimenea me penetre hasta los huesos y permito que la confianza inquebrantable de Iris alivie la opresión que se me agolpa en el pecho. Ella ha sido el corazón de esta cabaña desde siempre. "Todo sucede por una razón, Mia", reflexiona Iris. "A veces, el universo conspira para darnos exactamente lo que necesitamos".

Yo no sé nada de eso, teniendo en cuenta que ni siquiera estoy segura de cuál es el problema con

mi reserva, pero la sigo de todos modos.

Ante nosotros se extiende un pasillo cuyas paredes son un tapiz de momentos congelados en el tiempo. Fotos de lugares lejanos y extraños sonrientes susurran historias de aventura y serendipia. Iris se detiene ante una puerta que parece una cualquiera, pero cuando la abre, me encuentro con un espacio en el que se respira tranquilidad.

"Esta es tu habitación", me dice, y su mano se dirige hacia la cama que domina la habitación, una promesa de descanso de tamaño king.

"Gracias, Iris". Mi voz es una mezcla de gratitud y cansancio cuando entro. Pero entonces, mi mirada se posa en él.

"Y éste es Liam", continúa Iris. "Liam, ella es Mia. Parece que los dos habéis reservado dos veces la misma habitación. Ha aceptado compartir la habitación, ya que no tenemos otras disponibles. Ya sabes lo ocupada que está la montaña durante el festival de San Valentín", se encoge de hombros. Sus palabras flotan en el aire, en un delicado equilibrio entre proposición y apuro.

"Hola", me saluda Liam con una sonrisa.

Mi mente se acelera, tratando de entender en qué me he metido. "Hola, Liam". La cortesía se entrelaza con mi inquietud.

Iris, al notar mi incomodidad, me tranquiliza maternalmente. "El sofá es muy acogedor si alguno de ustedes prefiere no compartir la cama".

"Por supuesto", murmuro, aferrándome a la practicidad de su sugerencia como a un salvavidas. Se retira con un gesto de la mano y nos dice que podemos llamar a recepción si necesitamos algún servicio.

La habitación parece de repente más pequeña, la presencia de esta extraña convertida en compañera de piso llena el espacio de un nuevo tipo de energía. No puedo evitar la ironía: vine aquí en busca de soledad y el destino me da compañía.

"No me importa quedarme en el sofá", dice Liam, con una voz suave, como un trueno lejano que se extiende por el valle. "De verdad, está bien".

"¿Estás segura? Mi pregunta es genuina, teñida de conciencia de las reglas silenciosas de la cortesía.

"Absolutamente. Asiente. "De todas formas, la naturaleza no suele mimarme con camas de matrimonio".

Una sonrisa se dibuja en la comisura de mis labios. "Entonces, ¿estás acostumbrado a la vida dura?

"Algo así. Su sonrisa es contagiosa, y me encuentro respondiendo del mismo modo a pesar de lo extraño de nuestra situación.

Pero algo dentro de mí me dice que me ofrezca a compartir la cama. "Sabes, probablemente podríamos dormir juntos". Me ruborizo cuando me doy cuenta de lo que he dicho. "Quiero decir,

en la cama. Es lo suficientemente grande como para que probablemente estuviéramos bien".

Liam se ríe antes de abrir su bolso para deshacer la maleta. "Si a ti te parece bien, a mí también".

No sé por qué me he ofrecido a compartir la cama con un desconocido, pero tiene un rostro atractivo y unos ojos amables. Nada malo puede salir de esto, ¿verdad?

LIAM

La habitación está inundada por la luz mortecina del atardecer, las sombras se extienden por el suelo de madera mientras Mia y yo deshacemos las maletas en silencio. El delicado sonido de la tela rozando la madera acompaña cada movimiento. Doblo mis camisas -una paleta de tonos tierra- y las deslizo en el cajón que hay junto a mi lado de la cama. Mi mirada se desvía hacia Mia. Sus movimientos son metódicos, cada cosa colocada en su sitio.

"¿A qué te dedicas? pregunto, ya consciente, pero ansiando el sonido de su voz. O de cualquier voz, en realidad.

Se gira y un mechón de pelo castaño le cae sobre el hombro. "Soy profesora", responde Mia, levantando la comisura de los labios en una sonrisa que llega hasta sus expresivos ojos verdes. "Es... desafiante, pero gratificante". Mientras Mia habla de su trabajo como profesora, puedo ver la pasión en sus ojos y la forma en que sus manos se mueven con entusiasmo. Me habla de los retos a los que se enfrenta en clase, pero también de las pequeñas victorias que hacen que merezca la pena.

"Tengo un alumno", dice con una sonrisa, "que siempre es muy callado y reservado. Pero cada vez que participa en clase o completa una tarea, puedo ver lo orgulloso que está de sí mismo. Son esos momentos los que me hacen amar mi trabajo".

La escucho atentamente mientras me cuenta más historias de sus alumnos y sus progresos. Sus palabras pintan un cuadro de determinación, dedicación y compasión por su trabajo.

"Pero no siempre es fácil", admite Mia con un suspiro. "Hay días en los que parece que no estoy marcando ninguna diferencia. Y hay días en los que siento que estoy fallando a mis alumnos".

Le ofrezco mi apoyo y comprensión. "Pero sigues adelante", le digo en voz baja.

"Sí, porque aunque sea un reto, también es increíblemente gratificante saber que he tenido un impacto positivo en la vida de alguien".

Sus palabras resuenan profundamente en mí. Como artista, a menudo me enfrento a luchas similares con dudas e incertidumbre sobre mi trabajo. Pero escuchar a Mia hablar de su pasión por la enseñanza me da un nuevo aprecio por lo que hago.

"Trabajar con niños parece agotador", digo, apoyándome en el poste de la cama.

"Puede serlo", admite con una suave carcajada. "¿Y tú? Su curiosidad parece una brasa

encendida en el aire fresco. "¿A qué te dedicas?

Me acerco al sofá y siento la atracción del hogar. La chimenea, grande y acogedora, pide fuego, y mis dedos trabajan hábilmente para complacerla. Enciendo la cerilla y la llama se apodera de los troncos con ansia. Pillo a Mia mirando. Cuando me ve, se acerca para sentarse.

"Fotografía de naturaleza y vida salvaje", empiezo, con el crepitar del fuego puntuando mis palabras. "Se trata de paciencia, de esperar la toma perfecta en la que la naturaleza revela toda su belleza". Los ojos de Mia se abren de par en par cuando le hablo de mis viajes al corazón de África. El sol de primera hora de la mañana pintaba la sabana con una luz dorada, mientras los animales seguían con sus rutinas diarias.

"Lo mejor fue poder observar a estas criaturas en su hábitat natural", le digo, reviviendo el recuerdo. "Ser testigo de su belleza y su poder".

Mia se acerca, aparentemente cautivada por mis palabras. "Cuéntame más", me insta.

Le hablo de los leones, de lo majestuosos e imperturbables que eran ante mi presencia. Cómo sus rugidos reverberaban en el aire y me producían escalofríos.

"Y luego estaban los elefantes", continúo, con una sonrisa dibujándose en mi rostro al pensar en estos gentiles gigantes. "Se movían con tanta gracia y sabiduría que parecía que guardaran secretos del mundo en su interior".

Mia me escucha atentamente y parece fascinada por mis historias. Le cuento cómo pasaba horas esperando el momento justo para capturar una imagen. A veces tardaba días en conseguir la foto perfecta.

"Se necesita paciencia y persistencia", le digo, sabiendo que son cualidades esenciales no sólo para la fotografía, sino para la vida en general.

Mia escucha, con las rodillas apretadas contra el pecho, mientras el calor nos cala hasta los huesos. Hay una simplicidad en la forma en que compartimos historias, el flujo y reflujo de la conversación nos envuelve como una manta. Es extraña esta sensación de intimidad con alguien que hace apenas unas horas era un extraño. Me cautiva la inesperada sinergia entre nosotros. Nuestro diálogo, una retahíla de experiencias y sueños, me hace maravillarme ante los giros impredecibles que puede tomar la vida. Aquí estamos, dos almas unidas por un giro del destino en una pequeña ciudad, encontrando la belleza en medio del caos de una situación accidental de compañeras de piso.

"Debe de ser toda una aventura", murmura Mia, mientras sigue con la mirada las piruetas de las llamas.

"Cada día es diferente", confieso, y el calor del fuego refleja la calidez que crece en mi interior. "Pero a veces, los mejores momentos son los tranquilos, como éste".

Estiro las piernas hacia delante, sintiendo el calor del fuego. Nuestra conversación deriva del trabajo a otros temas. El tiempo se ralentiza y olvido que iba a dar una vuelta por la montaña para hacerme una idea de mis próximos días. Los minutos se convierten en horas y me encuentro riendo, hablando con esta mujer de cosas que nunca he compartido con nadie más.

"Tu turno", me dice Mia, dándome un codazo en el hombro. "¿Alguna escapada de tu juventud

que quieras compartir?".

Pienso un momento, rebuscando entre años de recuerdos. "Hubo una vez", empiezo, contando una traicionera escalada a un pico nevado con unos amigos. Mia escucha, su atención no decae, y me doy cuenta de que con cada palabra, cada secreto compartido y cada entendimiento silencioso, el espacio entre nosotras se hace más pequeño.

"Suena emocionante", murmura, con un tono de admiración.

"Aterrador y emocionante a la vez", admito, mirándola a los ojos.

Nuestra conversación se desarrolla con naturalidad, pasando de los sueños de la infancia a lo que nos depara el futuro. Cuando Mia habla de sus aspiraciones de llegar a más personas a través de la enseñanza, de inspirar y ser inspirada, su pasión enciende una llama similar en mí. Quiero capturar estos momentos, enmarcar su ambición y su esperanza con las montañas nevadas como telón de fondo.

"¿Dejarías alguna vez la enseñanza? me pregunto, curiosa por conocer la profundidad de su compromiso.

"Sólo por algo que fuera igual de importante", responde, con una pizca de determinación en los ojos.

"La vida tiene una forma curiosa de sorprenderte", digo, con la afirmación suspendida en el aire, cargada de significado.

"Desde luego que sí", asiente Mia, con una sonrisa tan serena como la nevada.

El fuego estalla, una chispa salta inesperadamente, y siento el peso de algo trascendental sobre mis hombros. Se suponía que iba a pasar este San Valentín sola, rodeada de la belleza de la naturaleza. Y, en cambio, me encuentro con un desconocido, que es tan hermoso y sobrecogedor como las montañas que había planeado fotografiar.

MIA

Los primeros rayos dorados del sol se cuelan entre las cortinas. Me revuelvo, el capullo de sueño se deshace a mi alrededor mientras parpadeo para alejar los restos de mis sueños.

Liam ya está despierto, recostado en las sábanas arrugadas, con los dedos revueltos sobre el teclado del portátil. "Buenos días. Su voz es suave, casi de disculpa, y me mira con esos ojos profundos que parecen ver dentro de mí. "¿Te he despertado?

Sacudo la cabeza, aún medio envuelta en calor y somnolencia. "No, el sol se encargó de eso". Es un momento tan doméstico que me dejo llevar por la pura normalidad.

"Bien. Sonríe, pero hay un destello de algo -¿esitación? - antes de cerrar el portátil con un chasquido decisivo. "Oye, ¿quieres acompañarme a dar un paseo esta mañana? Voy a ver el amanecer".

"¿Persiguiendo el amanecer? La poética frase me pilla desprevenida, encendiendo un aleteo en mi pecho.

"Sí", dice, poniéndose de pie y estirándose de tal forma que se le notan los músculos de los brazos. "Tengo un encargo fotográfico para la revista y necesito la primera luz golpeando los árboles".

"Me parece perfecto. Salgo de la cama antes de darme cuenta de la decisión, atraída por la promesa de belleza a través de sus lentes y por la tranquila emoción de estar a su lado mientras el mundo se despierta.

El frío de la mañana me roza las mejillas, pero la calidez del entusiasmo de Liam es un bálsamo contra el frío. Mientras recorremos el sendero, la conversación fluye tan naturalmente como el río a nuestro lado. Me doy cuenta de que Liam se ríe con facilidad, especialmente cuando le cuento la vez que intenté convertir mi clase en una selva tropical improvisada, y me encontré con una iguana que se había escapado y una sala llena de chillidos de alumnos de tercer curso.

"Parece que te persiguen las aventuras", bromea, y en sus ojos hay un brillo de admiración que hace que mi corazón se agite como hojas al viento.

Le correspondo y le pregunto por los lugares más salvajes a los que le ha llevado su cámara. Con

cada relato de paisajes remotos y encuentros cercanos con la vida salvaje, me siento más atraído por el encanto de su mundo, un tapiz tejido con hilos de belleza indómita y la emoción de la conservación.

"Mira allí", Liam se detiene de repente, señalando hacia un claro en la distancia donde la niebla se eleva alrededor de una cascada que cae en un estanque azul. Nunca había visto que el agua captara la luz de esa manera, como si brillara con su propio fuego interior.

"¿Quieres intentarlo? Liam me ofrece su cámara con una sonrisa que es a la vez una invitación y un desafío.

Dudo, el peso del equipo profesional no me resulta familiar en las manos. "¿Y si...?

"¿Se me cae? ¿Saco una mala foto?" Se ríe suavemente. "Confío en ti, Mia. Además, cada foto cuenta una historia, sea cual sea el resultado".

Con el dedo sobre el disparador, miro por el visor y encuadro la escena. Se me acelera el pulso mientras ajusto el enfoque y la cascada adquiere nitidez. Presiono el botón y la cámara hace clic, capturando la danza del agua y la luz. Es estimulante crear quietud a partir del caos, y me encuentro riendo, deseosa de más.

"¿Ves? Tienes talento natural", dice Liam, su voz es un zumbido de aprobación que resuena en lo más profundo de mí.

Envalentonada por su fe en mí, sugiero que nos adentremos más en el bosque. Los árboles se erigen como centinelas silenciosos a nuestro paso, con sus ramas cargadas de nieve, transformando el bosque en una silenciosa catedral blanca. Nuestras pisadas son el único sonido que puntúa el suave susurro de la brisa invernal.

Allí, entre los pinos centinela, hay una cabaña. Su madera es plateada y se agazapa bajo el peso de los años. La curiosidad nos acerca. Cada paso revela más de la estructura: el tejado hundido, las ventanas opacas por la mugre, la puerta entreabierta como si invitara a derramar secretos.

"Parece que lleva aquí toda la vida", murmuro, con el aliento formando nubes que suben perezosamente.

"Las cápsulas del tiempo tienen una forma de esconderse a plena vista", responde Liam, y su mano roza la mía mientras cruzamos juntos el umbral.

Dentro, el aire está cargado de historias que hace tiempo que se han convertido en susurros. Nos movemos por el espacio, con cuidado de no molestar a las motas de polvo que bailan en los rayos de sol oblicuos. Los restos de la vida anterior de la cabaña yacen esparcidos: una silla, una alfombra raída y, contra todo pronóstico, un montón de papel amarillento con palabras grabadas en sus líneas.

"Imagínate lo que se soñó aquí", digo, la idea me produce un escalofrío de excitación que nada tiene que ver con el frío.

"Tal vez no sea demasiado tarde para averiguarlo", sugiere Liam, sosteniendo mi mirada.

En este momento, rodeada por los ecos de inspiraciones pasadas, siento el despertar de mi propia creatividad, entrelazada con la suave atracción de algo nuevo y totalmente inesperado que florece

entre Liam y yo.

"Mira esto", exhala Liam, su voz es un zumbido bajo que vibra a través de la quietud. Se pone a mi lado, lo suficientemente cerca como para que sienta el calor que irradia. Su dedo me toca suavemente el brazo y dirige mi mirada hacia un cuadro donde la luz parece danzar entre los árboles.

"Alguien amaba este lugar", digo, con la voz apenas por encima de un susurro.

"Más que amor, creo". Se queda pensativo. "Era un refugio, un santuario para crear, para estar a solas con la naturaleza".

"¿Es eso lo que buscas? ¿En tu fotografía?" pregunto, girándome para captar su expresión.

"A veces". Sus ojos se cruzan con los míos y veo un destello de afinidad. "Pero hoy se trata de compartirlo contigo".

Mientras exploramos cada rincón, trazo los contornos de los muebles con las yemas de los dedos, sintiendo los surcos y las texturas de otra vida. Aquí hay belleza, incluso en la decadencia. "Imagina las historias que podría contar este lugar", pienso en voz alta, medio para mí.

"Tal vez esté esperando a que alguien la escuche", responde Liam, y su mano se cierne justo sobre la parte baja de mi espalda, sin llegar a tocarme, pero enviando ondas de conciencia por mi espina dorsal.

"O tal vez a que alguien añada su propia historia", sugiero, con el corazón acelerado ante la idea.

"Podría ser. Sonríe, y hay una mirada de complicidad en sus ojos que me dice que me entiende a un nivel más profundo.

Salimos de la cabaña cuando el sol empieza a elevarse en el cielo. El bosque parece diferente ahora, más íntimo, como si nos hubiéramos convertido en parte de su narración. Liam encabeza la marcha, con paso seguro, mientras nos dirigimos a la posada.

"Gracias por dejarme venir hoy aquí contigo", le digo, las palabras salen a borbotones, cargadas de gratitud. "Nunca esperé...

"Yo tampoco", interrumpe él, con tono cálido. "A veces, los mejores momentos son los que no ves venir". Liam se vuelve, su sonrisa es lo más brillante en el crepúsculo. "Me lo he pasado muy bien contigo", admite, y me coge la mano.

"Yo también", respondo, con voz firme a pesar de la agitación en mi pecho. Nuestros dedos se entrelazan con naturalidad, como si hubieran encontrado una pieza que les faltaba.

LIAM

Los primeros rayos de sol se derraman sobre los picos de las montañas, pintando el mundo con tonos ámbar y dorados al amanecer. Mia está a mi lado una vez más mientras nos aventuramos a salir del Cedar Lodge.

Iris, con su infalible intuición, nos vio bajar a desayunar y nos dijo que podríamos disfrutar de la fiesta de San Valentín. Estuvimos dando vueltas por el Lodge durante un par de horas antes de decidir que tenía razón.

"Parece que va a hacer un día precioso", observa Mia, apretándose un poco más la bufanda alrededor del cuello.

"Perfecto para un festival", coincido, mientras emprendemos el camino que se aleja de la posada. El sendero es un caleidoscopio de colores, flores vibrantes ensartadas entre los árboles por la gente del pueblo. Las risas flotan en la brisa, procedentes de la plaza del pueblo. En este momento, la realidad parece desdibujarse y yo soy un personaje de un cuento de fantasía, caminando junto a una mujer que bien podría ser una princesa de hoy en día. Tal vez incluso la mía.

Cuando llegamos a la plaza del pueblo, es como si hubiéramos tropezado con una joya escondida. Banderas de todos los tonos de rojo y rosa bailan al viento, mientras luces centelleantes envuelven las estructuras de madera como enredaderas de estrellas. Una banda local toca una melodía que toca la fibra sensible, impregnando el aire de añoranza y amor.

"¿No es genial? Mia sonríe.

"Es más de lo que esperaba", admito, y la sigo con la mirada mientras se mueve con la emoción de una niña. Se detiene en un puesto para probar algodón de azúcar y su risa se mezcla con los sonidos del festival, un sonido que se está convirtiendo rápidamente en mi favorito.

El aroma del chocolate flota en el aire fresco y nos aleja del algodón de azúcar para acercarnos a un puesto rústico cubierto de terciopelo rojo. La cara de Mia se ilumina de placer cuando su mirada se posa en las brillantes fresas, cada una envuelta en una rica cáscara oscura.

"¡Dios mío, me encantan las fresas cubiertas de chocolate!". Su exclamación baila entre nosotros.

"Entonces, comprémoslas", le digo, ya con la cartera en la mano. El vendedor nos da una caja y los dedos de Mia rozan los míos al cogerla, lo que me produce una inesperada sacudida en el brazo. Serpenteamos entre la multitud, compartiendo el decadente manjar. El chocolate se rompe

y deja paso al dulce sabor que hay debajo, una sinfonía de sabores que refleja la creciente complejidad de mis sentimientos hacia ella. Hace sólo un par de días, era una desconocida. Ahora es alguien con quien disfruto pasando el tiempo. Qué diferencia hace un día.

"Oye, mira, uno de esos fotomatones de toda la vida", señalo, fijándome en la variedad de coloridos accesorios y sombreros esparcidos por una mesa cercana. "¿Qué tal si nos hacemos unas fotos?". No puedo evitar el brillo travieso que se cuela en mi mirada, un lado juguetón de mí que Mia parece sacar sin esfuerzo. Quiero capturar este momento y vivir en él para siempre.

"Por supuesto", responde ella, con una carcajada que brota de sus labios como si fuera música. Nos metemos en la cabina, nos ponemos gafas de gran tamaño y sombreros ridículos, y nuestras risas se mezclan con el torbellino mecánico de la cámara. Instantánea tras instantánea, congelamos momentos de hilaridad desprevenida, de una conexión que florece en la espontaneidad.

"Te toca llevar la boa de plumas", bromea Mia, con los ojos brillantes de picardía mientras me cuelga el extravagante accesorio del cuello. Poso con exagerada elegancia, ganándome una ronda de risitas por su parte. En estas instantáneas, encuentro un alma gemela, alguien cuya risa es tan abierta y libre como los arroyos de montaña que tanto me gusta fotografiar.

Salimos de la cabina con las mejillas sonrojadas por la alegría. El sonido de los juegos de feria me llama y me transporta a mi juventud.

"¿Vamos? reto, señalando el juego más cercano con una sonrisa.

"Adelante, Sr. Fotógrafo". El brillo competitivo de Mia es irresistible, su entusiasmo me arrastra a la refriega.

Nos enfrentamos a un partido de baloncesto y nos dejamos llevar por el ritmo del juego. Cada golpe en la red es una victoria, cada fallo una oportunidad para hacer cosquillas al otro. El último tiro de Mia se hunde justo cuando suena la chicharra, y su victoria por un solo punto provoca una ovación triunfal por su parte y un mohín fingido por la mía.

"Buen tiro", admiro en mi tono. Pero esta batalla aún no ha terminado. Pasamos al lanzamiento de aros, donde Mia demuestra que su puntería es buena y lanza los cinco aros con elegancia. La observo, impresionado.

"Muy bien, es tu turno de brillar", dice, empujándome hacia los dardos de globo con una sonrisa que me calienta más que el sol de la tarde.

Estuvo cerca, pero esta vez la victoria es mía. El estallido de los globos marca mi triunfo, y la ovación de Mia es genuina, su chocar los cinco hace que otra chispa recorra mi piel.

"Parece que estamos empatados", observa, con un entendimiento compartido entre nosotros.

"Parece que sí", coincido, sintiendo una camaradería que va más allá de los juegos, más allá del día de hoy.

A medida que avanzamos por los demás concursos, riendo a carcajadas a cada paso, queda claro que ganar o perder es intrascendente. Nuestra rivalidad amistosa se ha convertido en un estímulo mutuo, en una asociación tan natural como inesperada.

En el corazón de Wildwood Ridge, con el invierno como telón de fondo, estoy descubriendo que a veces las conexiones más profundas nacen de las interacciones más sencillas. Y mientras miro a Mia, cuyo rostro se ilumina con la más pura de las sonrisas, sé que este giro del destino, esta habitación doble reservada accidentalmente, puede ser el comienzo de algo extraordinario.

"Prueba esto", dice Mia después de visitar una de las cabinas. Parte un trozo de tarta de embudo espolvoreada de azúcar y me lo da. "Es como una nube de azúcar". Cuando sus dedos rozan los míos, vuelvo a sentir esa sacudida eléctrica de algo y nada a la vez.

Cojo el trozo y la esponjosa masa se derrite en mi lengua, dulce y cálida. "Es increíble", admito, viendo cómo se le ilumina la cara de placer ante mi aprobación.

Nos apoyamos en la barandilla de madera de un puesto de comida, con el calor de la sidra caliente en las manos, que aleja el frío del aire de febrero. Los ojos de Mia reflejan el brillo de las luces del festival cuando se vuelve hacia mí con una sonrisa pícara en los labios.

"Déjame que te cuente mi San Valentín más memorable", empieza, dando un sorbo a su sidra. "Tenía diez años y mi padre me sorprendió con un paseo en coche de caballos". Su voz está teñida de nostalgia, sus ojos verdes distantes como si viajara en el tiempo. "Recorrimos nuestro pueblo, bebiendo cacao caliente y comiendo galletas en forma de corazón. Me sentía como una princesa, y aquel día, él era mi príncipe azul".

Hay serenidad en sus recuerdos, una alegría pura que irradia. Es fácil imaginarse a una Mia más joven, con los ojos muy abiertos y llena de asombro, con su risa resonando por las pintorescas calles de la ciudad.

"Tu padre parece un gran tipo", le digo, realmente conmovido por la dulzura de sus recuerdos.

"Lo es", responde, y su mirada se cruza con la mía. "¿Y tú? ¿Algún San Valentín que destaques?".

"El año pasado", empiezo, riéndome por lo absurdo de lo que voy a decir. "Tenía planeada una cena elegante en un restaurante de lujo. Pero a mitad de camino, mi novia, ahora ex novia, se intoxicó". Sacudo la cabeza, recordando la noche que se suponía que iba a ser romántica pero que acabó en desastre.

Mia se ríe y se tapa la boca con la mano. "¡Oh, no, eso es terrible! Pero también gracioso, de una forma retorcida".

"Definitivamente no fue la noche que había imaginado", confieso. "Me pasé la noche sujetándole el pelo en vez de cogerla de la mano. Pero bueno, al menos he demostrado que soy un caballero", le digo guiñándole un ojo.

"Ya lo creo", bromea, y su risa se convierte en una suave sonrisa.

Mientras seguimos charlando, compartiendo historias llenas de humor y dolor, no puedo evitar darme cuenta de la facilidad con la que nuestras historias se entrelazan, un tapiz de experiencias pasadas que, de alguna manera, parecen menos desalentadoras cuando se comparten. Hay un consuelo en nuestro intercambio, la familiaridad de dos almas que reconocen la belleza en el caos de la vida.

"Hay algo especial en encontrar a la persona adecuada con la que crear nuevos recuerdos",

reflexiona Mia. "Alguien que entiende tus manías, tus sueños".

"Alguien que te haga reír, incluso cuando las cosas no salen según lo planeado", añado, nuestras voces armonizan en esperanza y anhelo.

"Exacto", asiente ella, y sus ojos vuelven a encontrarse con los míos.

En el corazón de este pequeño pueblo de montaña, en medio de la celebración del amor, con Mia a mi lado, me encuentro con la esperanza -quizás fatal- de que estemos hablando el uno del otro. Y a medida que nuestra conversación pasa de las risas a confesiones más profundas, tengo la sensación de que ya estamos entrelazando nuevos hilos en nuestra historia común, hilos que hablan de pasiones que esperan ser exploradas.

"Quién sabe", digo, con la voz apenas por encima de un susurro, "quizá este San Valentín sea el que ambos recordemos durante años".

"Tal vez", susurra ella.

MIA

La fiesta de San Valentín ha sido de ensueño, con las parejas cogidas de la mano y disfrutando de los festejos bajo el cálido sol. Pero, de repente, unas nubes oscuras comienzan a dibujarse en el horizonte, proyectando una sombra ominosa sobre la plaza del pueblo. El cielo, antes tranquilo, se vuelve tumultuoso y se tiñe de profundos tonos morados y grises.

Miro a Liam, sus ojos reflejan la misma sorpresa que debe estar pintada en toda mi cara.

"Parece que estamos a punto de empaparnos", dice con una calma que desmiente el caos que nos rodea. "Volvamos corriendo a la posada".

Nos lanzamos a través de la multitud, con las manos entrelazadas mientras esquivamos paraguas y parejas menos afortunadas que nosotros. La risa brota de mi garganta, mezclándose con los jadeos y gritos colectivos cuando el cielo se abre y suelta un torrencial aguacero.

"¡Vamos, Mia!" grita Liam por encima del estruendo de la tormenta, y su mano vuelve a agarrar la mía, fuerte y segura esta vez.

Asiento con la cabeza, sin aliento no sólo por la carrera, sino por el contacto de sus dedos con los míos. Chapoteamos entre charcos que reflejan el cielo cada vez más oscuro, nuestros pasos se sincronizan en una danza inesperada.

"Ya casi hemos llegado", promete, señalando hacia las acogedoras luces del Cedar Lodge.

Cuando tropezamos en el refugio de la posada, empapados y jadeantes, no puedo evitar rendirme a la risa una vez más. Es contagiosa, y Liam no tarda en unirse, con sus profundas carcajadas resonando en el espacio que nos separa. Nos quedamos allí, dos almas empapadas que encuentran la belleza en este caos imprevisto.

Iris levanta la vista del escritorio y arruga la nariz cuando nos ve mojando el suelo. "Quizá deberíais ir a vuestra habitación", sugiere. No tiene mucha gracia, pero nos echamos a reír y subimos.

"Deja que te ayude con eso", me ofrece Liam cuando la puerta se cierra detrás de nosotros. Sus dedos son tentativos, respetuosos, pero me producen escalofríos que no tienen nada que ver con el frío.

"Gracias", murmuro, sintiendo cómo me sube el calor a las mejillas a pesar del frío que siento en los huesos. Correspondo al gesto, tanteando el dobladillo de su camiseta empapada, intentando

concentrarme en la tarea y no en cómo se acelera mi corazón.

Mientras nos deshacemos de la ropa mojada en silencio, la calefacción zumba de fondo, su calor es una débil protesta contra el frío que emana de nuestros cuerpos. No puedo detener los temblores que recorren mis extremidades, ni los pensamientos que se agolpan sobre lo íntimo que resulta todo esto.

"¿Mejor?" me pregunta Liam después de que ambos nos hayamos puesto las túnicas. Su voz grave y llena de una preocupación que hace que se me apriete el pecho.

"Mucho mejor", le respondo, aunque la verdad es que sigo temblando, quizá ahora más por su proximidad que por el frío que aún queda de la lluvia.

Su bata cuelga holgadamente alrededor de su cuerpo, y vislumbro al hombre que hay debajo, este fotógrafo robusto y apuesto con corazón de explorador que se ha convertido inesperadamente en mi refugio en este pequeño pueblo de montaña.

"Menos mal que estamos bajo techo", dice con una sonrisa en los labios. "Creo que ya hemos tenido suficientes aventuras por hoy".

"En efecto", asiento, con la respiración entrecortada cuando nuestras miradas se cruzan. En ese simple intercambio, algo cambia, una conexión que se profundiza más allá de la experiencia compartida de la tormenta. Somos compañeros de piso por casualidad, el destino nos ha unido, pero ahora parece cualquier cosa menos un accidente. Su presencia es reconfortante, una sensación de acierto que desafía cualquier explicación.

"Habría sido un San Valentín muy diferente sin ti", admito, y las palabras se me escapan antes de que pueda detenerlas.

"Lo mismo digo, Mia", responde con seriedad. "Lo mismo digo".

Fuera, la lluvia sigue cayendo, un tamborileo constante contra el cristal de la ventana. Pero dentro, hay una calidez que va más allá del crepitar de la calefacción, una sensación de estar exactamente donde debo estar. Con Liam. En este día hecho para el amor, en una escena enmarcada por el destino.

"Déjame encender el fuego", me ofrece, rompiendo el hechizo del momento. Liam se acerca y se agacha junto a la chimenea, con movimientos seguros y experimentados, mientras da vida a las llamas. Me quedo un momento mirando el juego de luces del fuego sobre sus rasgos. Es un cuadro íntimo, este hombre rudo y el elemento primitivo al que da vida.

Me doy la vuelta y mis pies me llevan hacia la cocina, donde me espera una botella de vino. Me acuerdo de darle las gracias a Iris por el vino. No sé cómo sabía que lo necesitaríamos, pero le agradezco que nos lo haya proporcionado.

Descorcho la botella con un chasquido satisfactorio y el rico aroma llena el aire, una promesa de calidez interior. Sirvo dos copas generosas, el líquido rubí se arremolina y atrapa la luz.

"Toma", le digo, con voz más suave de lo que pretendo, mientras cruzo la habitación y le tiendo un vaso. Nuestros dedos se rozan y se detienen un segundo más de lo necesario. Sus ojos se cruzan con los míos y hay una conversación tácita en el fondo: reconocimiento, comprensión, el principio del deseo.

"Gracias", responde en voz baja.

Nos acomodamos en la alfombra de felpa, tocándonos las rodillas, un espejo de cercanía que parece a la vez accidental y deliberado. El fuego ruge frente a nosotros, un ser vivo que devora los troncos y exhala consuelo. Fuera, la lluvia toca su propia sinfonía, cada gota es una nota en la vasta partitura del cielo nocturno. Los truenos gruñen: una advertencia, una canción de cuna, un recordatorio del poder de la naturaleza.

"Este ha sido el San Valentín más mágico de mi vida", confieso, girándome hacia él. Mis palabras flotan en el aire, vulnerables, pero ciertas.

Me devuelve la sonrisa, con el rabillo del ojo fruncido. "Yo pienso lo mismo. Las encantadoras tiendecitas y los acogedores lugareños lo han hecho inolvidable".

Qué fácil es hablar con él, compartir estos momentos que parecen estar entretejidos en algo más grande, un tapiz de recuerdos compartidos que vamos creando hilo a hilo.

Bebo otro sorbo, el vino me afianza y me da el valor para existir en este momento que parece mucho más grande que la suma de sus partes. El calor del fuego me cala hasta los huesos, ahuyenta los restos del caos del día y sólo deja serenidad a su paso.

Hablamos de cosas sin importancia, de sus fotografías favoritas, de las historias que se esconden tras las risas de los niños en mi clase. Y con cada palabra, la incomodidad que una vez se aferró a nuestros bordes se disipa, dejando en su lugar una conexión que se siente tan antigua como el tiempo pero tan fresca como la nieve recién caída afuera.

Observo el baile de las llamas, su luz reflejándose en sus ojos, y me pregunto por qué extraños caminos nos lleva el destino. Aquí, en este pueblo de montaña, entre el frío del invierno y la belleza inesperada de una tormenta, he encontrado algo más profundo que la soledad que buscaba antes.

Una conexión, apasionada y serena, con un hombre que antes era sólo un extraño. Qué reconfortante es darse cuenta de que a veces, en medio del caos, puedes encontrar una armonía que nunca supiste que estabas buscando.

"Mañana parece demasiado pronto para irse", murmura, dejando su vaso con un suave tintineo contra el suelo de madera.

Asiento con la cabeza, sintiendo la atracción de su mirada como la gravedad. No me atrevo a hablar, porque temo decir algo de lo que me arrepienta. O peor aún, romper a llorar.

"Gracias a ti", dice Liam en voz baja, y veo las comisuras de sus labios torcerse en una sonrisa que no llega a sus ojos. Es una sonrisa teñida de la misma reticencia que ha estado creciendo dentro de mí, una reticencia a romper cualquier hechizo que se haya lanzado sobre nosotros aquí en la montaña.

"¿Yo? Mi risa es un aleteo a medias. Intento disipar la gravedad de sus palabras con otro sorbo de vino, con su rico sabor agridulce en la lengua.

"Vine aquí por la belleza del paisaje, pero tú hiciste brillar este lugar, Mia". Se inclina más hacia mí y su brazo roza el mío, enviando ondas de calor por todo mi cuerpo.

Recupero el aliento cuando el espacio entre nosotros crepita, cargado de una corriente eléctrica nacida de miradas compartidas y conversaciones medio susurradas. Es una tontería pensar que es el vino lo que me acerca cuando cada fibra de mi ser se inclina hacia él, como un imán atraído por otro.

"Tal vez sea la tormenta que hay fuera lo que hace que todo parezca más intenso", aventuro, aunque sé que es algo más que el tiempo lo que está provocando esta tempestad en mi interior.

"Tal vez", concede, con una voz grave que resuena en mi corazón acelerado. "O tal vez sea la tormenta que hemos provocado el uno en el otro".

Nuestros ojos se cruzan y, en su mirada, encuentro el eco de mi propio anhelo. Su boca está ahora tan cerca de la mía que puedo saborear el ligero dulzor del vino que compartimos. "Liam". Exhalo su nombre como una plegaria, con el corazón martilleándome en el pecho.

Sin mediar palabra, gravitamos el uno hacia el otro, como tirados por hilos invisibles. Suelta una risita suave antes de cerrar la brecha que nos separa y reclamar mis labios con los suyos. Nuestros labios se encuentran, un beso encendido por todas las palabras no dichas, las miradas persistentes, las risas compartidas frente al caos. Su mano me acaricia la mejilla y yo me inclino hacia ella, un movimiento atrevido que parece inspirarle.

El beso empieza lento y tierno, una suave danza de labios y lenguas que prueban, exploran y aprenden los sabores del otro. Su lengua me roza el labio inferior antes de profundizar, exigiendo más intimidad. Nuestros cuerpos se sincronizan naturalmente al ritmo de cada movimiento, amplificando nuestros crecientes deseos.

La boca de Liam se mueve contra la mía con un fervor cada vez mayor, al ritmo de los latidos de mi corazón. Su mano errante encuentra mi muslo, subiendo un poco más, metiéndose bajo el dobladillo de mi bata para amasar suavemente la piel desnuda que hay debajo.

A medida que el beso se hace más profundo, me pierdo en la sensación, su sabor mezclado con los restos de vino. No hay un antes ni un después, sólo un ahora en el que la belleza de Wildwood Ridge pasa a un segundo plano y lo único que importa es la pasión en estado puro.

"Debería... probablemente deberíamos...". Me quedo sin aliento, rompo el beso y me alejo.

"Quédate", susurra, una sola palabra cargada de deseo y vulnerabilidad.

Cedo a mis ansias, desesperada por él. "De acuerdo", respondo.

Fuera, la tormenta arrecia, pero dentro, hemos encontrado un puerto seguro en los brazos del otro. Y mientras me rindo al fervor de su abrazo, sé que este encuentro inesperado, nacido del caos y la casualidad, ha alterado para siempre el curso de mi corazón.

LIAM

Estoy en el suelo, la áspera textura de la alfombra apenas se siente en mi piel, no cuando las manos de Mia trazan líneas de fuego en mi espalda. Estamos perdidos en el beso del otro, un contrapunto perfecto al caos de la tormenta que aúlla fuera de nuestra acogedora habitación. Parece como si lleváramos aquí horas, tal vez días, esta situación accidental de compañeras de piso convirtiéndose en algo que ninguna de las dos podría haber predicho.

"Vamos a la cama", murmuro contra sus labios, con una voz tan ronca que casi me resulta extraña. Ella asiente, sus ojos verdes se clavan en los míos. Con una maraña de miembros, conseguimos ponernos en pie y la conduzco hacia el corazón de la habitación, donde nos espera la cama.

El aire frío de la habitación contrasta con el calor de nuestros cuerpos cuando caemos sobre la cama, sin dejar de besarnos. Sus dedos se enredan en mi pelo y me acercan, si es que eso es posible. Hay urgencia entre nosotros, hambre de más.

Su bata, suave y desgastada, se abre bajo mis dedos cuando le desato el fajín de la cintura, revelando lentamente la belleza de su figura. Las curvas de Mia invitan a mis labios a explorarlas. Me inclino hacia ella y le beso el cuello, sintiendo cómo su pulso se acelera bajo mi boca.

"Dios, eres preciosa", susurro, apenas reconozco el temblor de mi voz mientras me recorre el deseo. Un escalofrío recorre su cuerpo, su piel se pone de gallina bajo mi aliento caliente.

"Tu tacto...", empieza a decir con voz temblorosa, "es en lo único que he pensado hoy". Su confesión me envuelve, uniéndome a ella más fuerte de lo que podría hacerlo cualquier abrazo. Siento cómo se retuerce, cómo su cuerpo se mueve debajo de mí en una súplica silenciosa de más.

Cada beso que le planto en la clavícula es una promesa, cada palabra susurrada un testimonio del deseo que bulle entre nosotros. Cuando beso su vientre, cada centímetro de carne expuesta es como un nuevo terreno por explorar: nieve virgen en la serena ciudad de montaña que nos rodea.

"Por favor", murmura, con una voz llena de anhelo. Su súplica resuena en las paredes de pino, tan cruda y real como el viento del exterior. No puedo resistirme más.

"Shh, estoy aquí", le aseguro, con la voz apenas por encima de un susurro. Mis dedos bailan al borde de su deseo, jugueteando suavemente antes de retirarse. Ella responde con un suave jadeo,

un sonido que aviva las brasas en lo más profundo de mi ser.

Con un rápido movimiento, nuestras barreras caen, nuestras ropas se desprenden como las hojas del otoño. Me sitúo en el umbral de su calor y me detengo el tiempo suficiente para mirarla a los ojos. En esas profundidades verdes, veo el reflejo de nuestra necesidad compartida.

"¿Estás segura? pregunto, aunque cada fibra de mi ser grita que la reclame.

"Sí, por favor", exhala, acercándome más a ella.

A medida que entro en ella, lentamente, dándole tiempo para que se adapte, soy muy consciente de cada sensación: el calor, la estrechez, el deslizamiento que me da la bienvenida.

"Liam...", suspira, y su voz es la melodía más dulce.

"Dios, te sientes increíble", confieso mientras empiezo a moverme dentro de ella. El armazón de la cama cruje bajo nosotros, acompasándose al ritmo que creamos juntos.

Beso su cuello, saboreando el gusto de su piel, la suavidad de su carne bajo mis labios. Sus gemidos van in crescendo con cada embestida, convirtiéndose en la banda sonora de este giro del destino que nos ha unido.

"Todo en ti..." Me quedo sin palabras cuando mi boca vuelve a encontrar la suya. Su sabor es una mezcla de inocencia y excitación, un sabor que empiezo a desear con una intensidad que me sorprende.

Sus uñas rozan mi espalda, dejando estelas de fuego a su paso. "Liam, no pares", me suplica entre besos, y sus caderas suben para encontrarse con las mías con una urgencia que coincide con la mía.

"Nunca", juro, acelerando el ritmo. Nuestros cuerpos son una maraña de miembros y sábanas.

Los gemidos de Mia son agudos, me incitan y me hacen penetrar más profundamente. La habitación se llena de nuestro aroma, un embriagador recordatorio de que el destino nos unió. El calor entre nosotros aumenta. "Más, Liam... por favor", suplica, con la voz temblorosa por la necesidad. Me marca como suyo de la forma más primitiva, sus uñas crean medias lunas en mi piel.

Cada embestida nos acerca más a ese precipicio, a ese dulce acantilado de la rendición. Su cuerpo se arquea debajo de mí, como un arco tensado, y noto cómo la tensión se agudiza en nuestro interior. Me pierdo en sus sensaciones: el calor de su piel, la profundidad de sus ojos, la pasión de sus movimientos.

"No pares", gime.

Sus palabras avivan el fuego de mi determinación y me anclo en el presente, decidido a hacer que ella alcance el orgasmo primero. El placer crece en espiral, enroscándose en nuestro interior hasta que es imposible contenerlo por más tiempo. Con un último ascenso mutuo, llegamos juntos a la cima, una tormenta perfecta de sensaciones que nos deja a los dos sin aliento, con nuestros gritos resonando en las paredes, un dúo de satisfacción.

Nos desplomamos, una maraña de miembros sobre la cama que cruje. Nuestros pechos se agitan

al unísono, cada respiración es una sinfonía compartida, cada latido un tambor en la silenciosa noche.

"Dios, Mia", susurro, con la frente apoyada en la suya, nuestro sudor mezclándose como si nuestras esencias estuvieran decididas a fundirse.

"Quédate conmigo", susurra ella, su voz es una cálida caricia contra el frío que intenta colarse por las rendijas. No es sólo una petición para esta noche, es una súplica para todas las mañanas que tengamos la suerte de robarle al destino.

Asiento con la cabeza, incapaz de pronunciar palabras, pero mi abrazo se estrecha en torno a ella, prometiendo sin palabras. En el resplandor, la habitación parece respirar con nosotros, las paredes vigilando nuestra sagrada y frágil conexión. Siento un cosquilleo en cada centímetro de su cuerpo y sé que es aquí, con ella, donde debo estar.

Un mechón de su pelo castaño le cruza la cara, en marcado contraste con el tono sonrosado de su piel. Alargo la mano, rozo su mejilla con los dedos y le paso el mechón por detrás de la oreja. La habitación está en silencio, excepto por nuestras respiraciones compartidas, e incluso ellas se están calmando, encontrando un nuevo ritmo en el resplandor.

"¿Sabías que tu pelo huele a fuego? murmuro, pasando los dedos por los sedosos mechones, observando cómo se deslizan entre mis dedos.

Ella suelta una risita suave, un sonido que baila en el aire entre nosotros, ligero y libre. "¿Es algo bueno?

"Todo sobre esto... sobre ti... es más que bueno". Encuentro un mechón suelto y lo enrollo suavemente alrededor de mi dedo. La forma en que sus ojos se cierran, sus pestañas proyectando sombras sobre sus mejillas, es como presenciar la primera nevada tranquila de la temporada.

Me inclino y dejo que mis labios rocen el lóbulo de su oreja, un acto tan delicado pero cargado con el peso de todo lo que hemos compartido. Ella emite un gemido de satisfacción que despierta algo en lo más profundo de mí, una conexión inesperada pero intensa.

"Mmmm", susurro contra el calor de su piel, "ha sido increíble".

Su respuesta no son palabras, sino acciones: se acurruca más, buscando el refugio de mi abrazo. Su respiración se estabiliza y observo fascinado cómo la reclama el sueño. Hay una belleza aquí, en las sábanas enredadas y los restos de la pasión gastada, una belleza tan profunda como los paisajes salvajes que estoy acostumbrado a capturar a través de mi objetivo.

Mientras ella se duerme, yo permanezco despierto, maravillado por cómo el destino ha torcido nuestros caminos juntos. No es sólo el hecho de compartir habitación o cama lo que nos ha llevado a este momento, sino la armonía que zumba entre nosotros, una melodía que habla de serendipia.

Pienso en el pueblo de Wildwood Ridge, cubierto por la lluvia. Esta habitación, esta mujer, se hacen eco de esa tranquilidad, envolviéndome en una paz que no sabía que estaba buscando.

"Buenas noches, Mia", le digo, aunque ya se ha dormido. Y mientras la abrazo, el mundo exterior se vuelve insignificante. Lo que importa es aquí y ahora: el subir y bajar de su pecho, los suaves suspiros que escapan de sus labios, el suave apretón de su mano sobre la mía.

Somos dos personas, unidas por casualidad, por el destino, o tal vez por algo más grande, un giro en el tapiz de la vida que ninguno de los dos podría haber predicho. Tumbado a su lado, comprendo que, a veces, las cosas más bellas son las que nunca vemos venir.

MIA

La primera luz del alba besa el mundo fuera del Cedar Lodge, y no puedo evitar maravillarme al ver cómo lo pinta todo con tonos de esperanza. El comedor está inundado de un resplandor dorado que se filtra a través de los grandes ventanales, cada cristal enmarcando el floreciente día como una obra maestra. Liam se sienta frente a mí, con sus rasgos robustos suavizados por el sol de la mañana. Hay un silencio incómodo entre nosotros, una tensión palpable que ninguno de los dos se atreve a romper.

"Vaya, mira este sitio", dice, con una voz cálida que llena el espacio que nos rodea. Señala la habitación adornada de carmesí y rubor, con adornos en forma de corazón omnipresentes, como si el mismísimo Cupido hubiera estado aquí, preparándose para San Valentín. "Es precioso.

Asiento con la cabeza, con el corazón hinchado por su apreciación de la belleza que nos rodea. "Este es... el mejor San Valentín que he tenido", confieso, dejando que mi mirada se detenga en la encantadora decoración.

"Anoche fue mágico, ¿verdad? Sus ojos se encuentran con los míos, llenos de una calidez que recuerda a la hoguera junto a la que nos sentamos hace tan solo unas horas. El olor a pino aún flota en el aire que nos rodea, mezclado con el rico aroma del café recién hecho y las tortitas, un recuerdo de nuestra estancia en Wildwood Ridge.

"Lo fue", respondo, con las mejillas sonrojadas por el recuerdo. Mi sonrisa es tímida, pero sincera, y le devuelvo su mirada de adoración. "Nunca esperé... esto". Se me escapan las palabras, insinuando la inesperada conexión que hemos encontrado en medio del caos de la vida.

Su mano busca la mía, su tacto tentativo, pero tranquilizador. "Mia, que encontraras esta cabaña, que acabáramos siendo compañeros de piso... fue el destino".

Me río suavemente, el sonido se mezcla con el ruido de los cubiertos mientras seguimos comiendo. "Quién lo habría pensado, ¿verdad? Un profesor y un fotógrafo cruzándose en un refugio de montaña". Doy otro bocado, pero me cuesta tragar por el nudo que se me hace en la garganta.

"Hola", dice Liam, notando mi cambio de humor. "¿Qué te pasa?

"Nada", miento, forzando una voz brillante que no llega a mis ojos. Pero él se da cuenta, siempre tan perspicaz. "Es sólo que... nuestros mundos son tan diferentes. Yo estoy arraigada aquí y tú eres como una hoja al viento".

Su pulgar roza el dorso de mi mano, un gesto que calma el torbellino de mi pecho. "A veces, las hojas encuentran un lugar donde quieren quedarse".

Suelto un suspiro que no sabía que había estado conteniendo. La idea de que se vaya me remueve por dentro, una sensación de pérdida por algo que acabo de encontrar. Mi trabajo de profesora me ataba a esta pequeña ciudad, mientras que el objetivo de su cámara le llamaba a la inmensidad del mundo. Sin embargo, mientras estoy aquí sentada con él, me pesa la realidad de nuestras vidas en conflicto.

La voz de Liam rompe el silencio. "Quiero decirte algo", dice, con su mirada seria cuando se encuentra con la mía a través de la mesa llena de restos de nuestro desayuno. "Sé que venimos de mundos diferentes: tú eres profesor aquí en la montaña y yo soy fotógrafo itinerante. Pero eso no significa que nuestra conexión sea menos real".

Sus palabras me hacen entrar en calor y combaten los pensamientos prácticos que se agolpan en mi mente. "¿Pero cómo funcionaría? Llevamos vidas tan diferentes". Se me escapan las palabras, expresando el miedo que me corroe desde el momento en que me di cuenta de que no quería que esto acabara.

"En eso te equivocas", replica él, inclinándose hacia delante, con los ojos llenos de convicción. "Llevo años viajando y nunca he tenido un lugar al que llamar hogar. Pero desde que llegué a Wildwood Ridge y te conocí, me siento más en casa que nunca".

Mi corazón da un vuelco, la esperanza revolotea en mi interior. ¿Podría ser posible que estuviéramos destinados a encontrarnos en esta montaña? ¿Que a pesar de nuestras diferencias pudiéramos hacer que funcionara?

"No quiero perderte", continúa, con una voz llena de emoción. El corazón se me acelera, las lágrimas amenazan con derramarse mientras le escucho. En este momento, siento algo especial por este hombre, una conexión que desafía el poco tiempo que hace que nos conocemos.

Con manos temblorosas, extiendo la mano y la cojo, sintiendo la aspereza de su piel contra la mía. La aprieto con suavidad y una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios al mirarle. "Yo tampoco quiero perderte", admito en voz baja, apenas por encima de un susurro lleno de vulnerabilidad.

Nos quedamos sentados, con las manos entrelazadas, mientras el mundo exterior sigue cobrando vida. Y en este silencioso comedor, rodeados de la decoración de San Valentín, parece como si el destino nos hubiera unido.

"Gracias", dice, su voz es una cálida melodía en el silencio de la habitación. "Por escucharme".

Sus palabras tiran de algo muy dentro de mí, desenredando la maraña de mis pensamientos con sorprendente facilidad. "¿Cómo no iba a hacerlo? Le susurro, sintiendo una atracción magnética entre nosotros.

Y entonces, sus labios se posan en los míos, un ligero roce que provoca una cascada de escalofríos que me recorren la espalda. El beso es una pregunta, una respuesta, una promesa, todo en uno, y enciende una chispa que amenaza con consumirnos a los dos. Cuando nos apartamos, nos envuelve una calidez, un consuelo que se instala en los espacios que nos separan como si siempre hubiera estado ahí.

"¿Podría... quedarme contigo unos días más? Sus ojos buscan los míos, serios y esperanzados. Son del color del bosque, profundos e infinitos, y siento que vuelvo a perderme en ellos.

"Sí", exhalo, tan llena de emoción que apenas puedo contenerla. Siento que el corazón se me va a salir del pecho, ansiosa y dispuesta a saltar a este futuro desconocido con él. "Sí, por favor, quédate".

En este momento, me doy cuenta de que la montaña no es sólo mi santuario, es nuestro puerto inesperado en la tempestad de la vida. Y Liam, con su espíritu errante, se ha anclado a mi orilla con una dulzura que no sabía que estaba buscando.

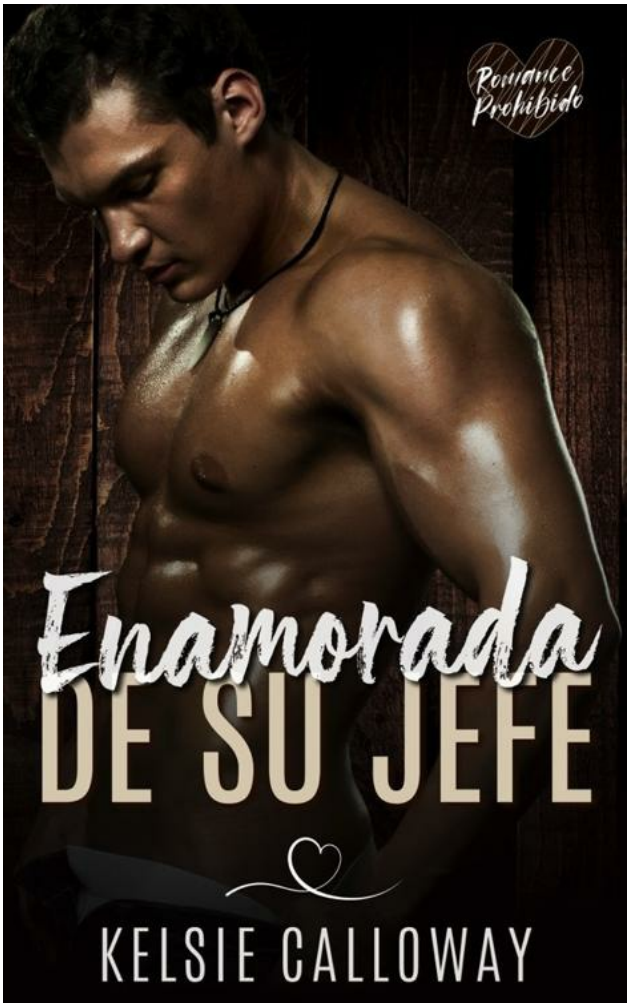
"Más tiempo", dice en voz baja, casi para sí mismo, pero yo capto las palabras cuando quedan suspendidas en el aire fresco. "Para mi proyecto y para estar contigo".

Asiento con la cabeza, incapaz de expresar la alegría que me invade, lo acertado de este giro del destino. Es como si el universo hubiera conspirado para unirnos, dos almas que buscan consuelo en el caos y encuentran una sinergia fortuita que ninguno de los dos esperaba.

"Entonces está decidido", digo, con una sonrisa dibujándose en mi rostro. "Puedes venir a mi casa después de la salida. Podemos conocernos mejor".

Liam se lleva la mano a los labios y la besa suavemente. "Es todo lo que quiero. Tú eres todo lo que quiero".

¡CONSIGUE UN LIBRO GRATIS DE KELSIE CALLOWAY!



Únete a mi lista de correo para ser el primero en enterarte de nuevos lanzamientos, ventas de libros, promociones gratuitas, contenido extra y otros regalos de autor.

¡Recibe **Enamorada De Su Jefe** gratis al registrarte!

https://geni.us/SpanishRM

TAMBIÉN DE KELSIE CALLOWAY



¿Quieres más Kelsie Calloway?

¡Visita mi página de Amazon para ver qué otros listados en español tengo!

https://amazon.com/author/kelsiecalloway